



DIÓCESIS DE
CÁDIZ Y CEUTA

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE



JUBILEO DE LA MISERICORDIA

TEXTOS DE REFLEXIÓN Y ORACIÓN

OBRAS DE MISERICORDIA

EXAMEN DE CONCIENCIA

ORACIÓN DEL AÑO DE LA MISERICORDIA

Señor Jesucristo,
tú nos has enseñado a ser misericordiosos
como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve,
lo ve también a Él.

Muéstranos tu rostro
y obtendremos la salvación.

Tu mirada llena de amor
liberó a Zaqueo y a Mateo
de la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena
de buscar la felicidad solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro después de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.

Haz que cada uno de nosotros escuche como propia
la palabra que dijiste a la samaritana:
¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia
sobre todo con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti,
su Señor, resucitado y glorioso.

Tú has querido que también tus ministros
fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión
por los que se encuentran en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos
se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia
sea un año de gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo,
llevar la Buena Nueva a los pobres
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos
y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,
a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo
por los siglos de los siglos. Amén.

(PAPA FRANCISCO)

LOGO Y LEMA DEL AÑO DE LA MISERICORDIA



El logo y el lema del Año Jubilar son una buena síntesis de lo que será este año de la Misericordia. Con el lema «Misericordiosos como el Padre» se propone vivir la misericordia siguiendo el ejemplo del Padre, que pide no juzgar y no condenar, sino perdonar y amar sin medida. El logo –obra del jesuita Marko I. Rupnik– se presenta como un pequeño compendio teológico de la misericordia. Muestra, en efecto, al Hijo que carga sobre sus hombros al hombre extraviado, recuperando así una imagen muy apreciada en la Iglesia antigua, porque indicaba el amor de Cristo que lleva a término el misterio de su encarnación con la redención.

5

En el dibujo se destaca el Buen Pastor que toca en profundidad la carne del hombre, y lo hace con un amor capaz de cambiarle la vida. El Buen Pastor con extrema misericordia carga sobre sí la humanidad, pero sus ojos se confunden con los del hombre. Cristo ve con el ojo de Adán y este lo hace con el ojo de Cristo. Así, cada hombre descubre en Cristo, nuevo Adán, la propia humanidad y el futuro que lo espera, contemplando en su mirada el amor del Padre. La escena se coloca dentro la mandorla que es también una figura importante en la iconografía antigua y medieval por cuanto evoca la presencia de las dos naturalezas, divina y humana, en Cristo. Los tres óvalos concéntricos, de color progresivamente más claro hacia el externo, sugieren el movimiento de Cristo que saca al hombre fuera de la noche del pecado y de la muerte. Por otra parte, la profundidad del color más oscuro sugiere también el carácter inescrutable del amor del Padre que todo lo perdona.



Jesús es también el Buen Samaritano que acoge a la humanidad caída, en esa humanidad nos vemos cada uno de nosotros que somos acogidos por él. Quien tiene experiencia de la misericordia de Jesús se capacita para ser misericordioso con los demás. Por eso el ojo central se confunde, porque ya nuestra mirada se hace misericordiosa para con los demás, al estilo de la de Jesús.

Cristo lleva las llagas de la pasión, son las huellas de la entrega de su vida, quien le sigue no camina en tinieblas sino que ve la luz de la vida (cf Jn 8,12), pero ha de estar dispuesto a ser perseguido como él: «Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad alegres y contentos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo» (Mt 5,11-12).

En la aureola las potencias en rojo es la divinidad y el ocre la humanidad, él es la santidad y la perfección humana y divina.

Además en la mandorla se distinguen los tres grados del conocimiento, que aquí se aplican a la misericordia. El óvalo más oscuro es la tiniebla, nuestra propia oscuridad cuando no somos misericordiosos; los otros dos óvalos azules grisáceos son la niebla o la confusión, es la duda si hacemos bien o mal, cuando practicamos la misericordia con algunas personas que nos utilizan o nos manipulan; mientras que Jesús es la luz, la verdad, el conocimiento y la sabiduría, quien se acerca a Jesús que es la luz del mundo (Jn 8,12) ya puede mirar el mundo con la mirada de Jesús.

6

«Sed misericordiosos como el Padre» es la llamada que nos hace Jesús a la santidad, pues «Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36) y «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48), nos viene a decir que ser perfecto es tener un corazón misericordioso. La santidad consiste en practicar la misericordia con los demás y beber de las fuentes sacramentales donde recibimos la gracia santificante. Por eso este Año es una llamada a la santidad.



TEXTOS ESPIRITUALES SOBRE LA MISERICORDIA

EL ROSTRO DE LA MISERICORDIA

El Jubileo lleva también consigo la referencia a la indulgencia. En el Año Santo de la Misericordia ella adquiere una relevancia particular. El perdón de Dios por nuestros pecados no conoce límites. En la muerte y resurrección de Jesucristo, Dios hace evidente este amor que es capaz incluso de destruir el pecado de los hombres. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia. Así entonces, Dios está siempre disponible al perdón y nunca se cansa de ofrecerlo de manera siempre nueva e inesperada. Todos nosotros, sin embargo, vivimos la experiencia del pecado. Sabemos que estamos llamados a la perfección (cfr Mt 5,48), pero sentimos fuerte el peso del pecado. Mientras percibimos la potencia de la gracia que nos transforma, experimentamos también la fuerza del pecado que nos condiciona. No obstante el perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencia de nuestros pecados. En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados dejan en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece. La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado.

9

La Iglesia vive la comunión de los Santos. En la Eucaristía esta comunión, que es don de Dios, actúa como unión espiritual que nos une a los creyentes con los Santos y los Beatos cuyo número es incalculable (cfr Ap 7,4). Su santidad viene en ayuda de nuestra fragilidad, y así la Madre Iglesia es capaz con su oración y su vida de ir al encuentro de la debilidad de unos con la santidad de otros. Vivir entonces la indulgencia en el Año Santo significa acercarse a la misericordia del Padre con la certeza que su perdón se extiende sobre toda la vida del creyente. Indulgencia es experimentar la santidad de la Iglesia que participa a todos de los beneficios de la redención de Cristo, para que el perdón sea extendido hasta las extremas consecuencias a la cual llega el amor de Dios. Vivamos intensamente el Jubileo pidiendo al Padre el perdón de los pecados y la dispensación de su indulgencia misericordiosa.

Un Año Santo extraordinario, entonces, para vivir en la vida de cada día la misericordia que desde siempre el Padre dispensa hacia nosotros. En este Jubileo dejémonos sorprender por Dios. Él nunca se cansa de destrabar la puerta de su corazón para repetir que nos ama y quiere compartir con nosotros su vida. La Iglesia siente la urgencia de anunciar la misericordia de Dios. Su vida es auténtica y creíble cuando con convicción hace de la misericordia su anuncio. Ella sabe que la primera tarea, sobre todo en un momento como el nuestro, lleno de grandes esperanzas y fuertes contradicciones, es la de introducir a todos

en el misterio de la misericordia de Dios, contemplando el rostro de Cristo. La Iglesia está llamada a ser el primer testigo veraz de la misericordia, profesándola y viviéndola como el centro de la Revelación de Jesucristo. Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen. Cada vez que alguien tenga necesidad podrá venir a ella, porque la misericordia de Dios no tiene fin. Es tan insondable la profundidad del misterio que encierra, tan inagotable la riqueza que de ella proviene.

En este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor. Nunca se canse de ofrecer misericordia y sea siempre paciente en el confortar y perdonar. La Iglesia se haga voz de cada hombre y mujer y repita con confianza y sin descanso: «Acuérdate, Señor, de tu misericordia y de tu amor; que son eternos» (Sal 25,6).

(PAPA FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, nos 22 y 25)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

10

1. ¿Qué pasos dar en este Año Jubilar de la Misericordia para educar que la reconciliación con Dios tiene necesidad de la mediación de la Iglesia?
2. ¿Cómo posibilitar alcanzar indulgencias parciales y plenarias a todo el Pueblo de Dios que lo desee?
3. ¿Cómo hacer experimentar a las personas la inmensidad del amor de Dios que brota de la Santísima Trinidad como un gran río de la misericordia?

EL ABRAZO DE LA MISERICORDIA DE DIOS

Qué hermosa es esta realidad de la fe para nuestra vida: ¡la misericordia de Dios! El amor de Dios es tan grande y tan profundo, que no decae, aferra siempre nuestra mano y nos sostiene, levanta y guía.

En el evangelio de hoy, el apóstol Tomás experimenta precisamente esta misericordia de Dios, que tiene un rostro concreto, el de Jesús, el de Jesús resucitado. Tomás no se fía de lo que dicen los otros apóstoles: «Hemos visto al Señor»; no le basta la promesa de Jesús, que había anunciado: al tercer día resucitaré. Quiere ver, quiere meter su mano en el hueco de los clavos y del costado. ¿Cuál es la reacción de Jesús? La paciencia: Jesús no abandona al terco Tomás en su incredulidad; le da una semana de tiempo, no le cierra la puerta, espera. Y Tomás reconoce su propia pobreza, su poca fe: «Señor mío y Dios mío»; con esta invocación simple, pero llena de fe, responde a la paciencia de Jesús. Se deja envolver por la misericordia divina, la ve ante sí, en las heridas de las manos y de los pies, en el costado abierto, y recobra la confianza: es un hombre nuevo, ya no es incrédulo sino creyente.

Recordemos también a Pedro: reniega tres veces de Jesús precisamente cuando debía estar más cerca de él; y cuando toca el fondo encuentra la mirada de Jesús que, con paciencia, sin palabras, le dice: «Pedro, no tengas miedo de tu debilidad, confía en mí»; y Pedro comprende, siente la mirada de amor de Jesús y llora. Qué hermosa es esta mirada de Jesús -cuánta ternura-. Hermanos y hermanas, no perdamos nunca la confianza en la paciente misericordia de Dios.

Pensemos en los dos discípulos de Emaús: el rostro triste, un caminar errante, sin esperanza. Pero Jesús no les abandona: recorre a su lado el camino; no solo, sino que con paciencia explica las Escrituras que se referían a él y se detiene a compartir con ellos la comida. Este es el estilo de Dios: no es impaciente con nosotros porque nos ama, y quien ama comprende, espera, da confianza, no abandona, no corta los puentes, sabe perdonar. Recordémoslo en nuestra vida de cristianos: Dios nos espera siempre, aun cuando nos hayamos alejado. No está nunca lejos, y, si volvemos a Él, está preparado para abrazarnos.

A mí me produce siempre una gran impresión releer la parábola del padre misericordioso, me impresiona por que me infunde siempre una gran esperanza. Pensad en aquel hijo menor que estaba en la casa del padre y era amado; aun así, quiere su parte de la herencia, se va y lo gasta todo, llegando al nivel más bajo, muy lejos del padre; y, cuando ha tocado fondo, siente la nostalgia del calor de la casa paterna y vuelve. ¿Y el padre? ¿Había olvidado al hijo? No, nunca. Está allí, lo ve desde lejos, lo estaba esperando cada día, cada momento: ha estado siempre en su corazón como hijo, incluso cuando lo había abando-

nado, incluso cuando había dilapidado todo el patrimonio, es decir, su libertad; el padre, con paciencia y amor, con esperanza y misericordia, no había dejado ni un momento de pensar en él, y en cuanto lo ve, todavía lejos, corre a su encuentro y lo abraza con ternura, la ternura de Dios, sin dirigirle una palabra de reproche: ha vuelto, y esta es la alegría del padre. En ese abrazo al hijo está toda esta alegría: ¡ha vuelto! Dios siempre nos espera, no se cansa. Jesús nos muestra esta paciencia misericordiosa de Dios para que recobremos la confianza, la esperanza, siempre.

[...] Quisiera subrayar otro elemento: la paciencia de Dios debe encontrar en nosotros la valentía de volver a Él, sea cual sea el error o el pecado que haya en nuestra vida. Jesús invita a Tomás a introducir la mano en las llagas de sus manos y sus pies y en la herida de su costado. También nosotros podemos entrar en las llagas de Jesús, podemos tocarlo realmente, esto ocurre cada vez que recibimos los sacramentos.

[...]Es precisamente en las heridas de Jesús donde nosotros estamos seguros, ahí se manifiesta el amor inmenso de su corazón. Tomás lo había entendido. San Bernardo se pregunta: ¿en qué puedo poner mi confianza?, ¿en mis méritos? Pero «mi único mérito es la misericordia de Dios. No seré pobre en méritos, mientras Él no lo sea en misericordia». Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos». Esto es importante: la valentía de confiarme a la misericordia de Jesús, de confiar en su paciencia, de refugiarme siempre en las heridas de su amor. San Bernardo llega a afirmar: «Y, aunque tengo conciencia de mis pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia» (Rom 5,20). Tal vez alguno de nosotros pueda pensar: mi pecado es tan grande, mi lejanía de Dios es como la del hijo menor de la parábola, mi incredulidad es como la de Tomás; no tengo las agallas para volver, para pensar que Dios pueda acogerme y que me esté esperando precisamente a mí. Pero Dios te espera precisamente a ti, solo te pide el valor de volver a Él. Cuántas veces en mi ministerio pastoral me han repetido: «Padre, tengo muchos pecados»; y la invitación que he hecho siempre es: «No temas, ve con Él, te está esperando, Él lo hará todo».

(PAPA FRANCISCO, La Iglesia de la misericordia, San Pablo, Madrid 2014, 11-15).

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué sientes al saber que desde siempre has estado en el corazón del Padre Misericordioso como hijo escogido para ser discípulo de Jesús, amado en la entrega de tu vida y también en tu pecado?

2. ¿Qué experiencia tienes de tu encuentro con Dios Padre como abrazo de ternura? ¿Cómo comunicas a los demás esta experiencia?

3. ¿Eres valiente para confiar en la misericordia de Jesús, en su paciencia y para refugiarte en las heridas de su amor? Como cristiano, ¿cuáles son para ti estas heridas?

EN LA HUMANIDAD DE CRISTO SE NOS MUESTRA LA MISERICORDIA DEL PADRE

En la humanidad del Señor asume Dios nuestra frágil condición humana y, cuanto más hondo desciende en el dolor y la muerte, tanto más resplandece su amor y misericordia por nosotros. Dios, nuestro Salvador; hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres. Demos gracias a Dios, pues por él abunda nuestro consuelo en ésta nuestra peregrinación, en éste nuestro destierro, en esta vida tan llena aún de miserias. Antes de que apareciera la humanidad de nuestro Salvador, la misericordia de Dios estaba oculta; existía ya, sin duda, desde el principio, pues la misericordia del Señor es eterna, pero al hombre le era imposible conocer su magnitud. Ya había sido prometida, pero el mundo aún no la había experimentado y por eso eran muchos los que no creían en ella. Dios había hablado, ciertamente, de muchas maneras por el ministerio de los profetas. Y había dicho: Sé muy bien lo que pienso hacer con vosotros: designios de paz y no de aflicción. Pero, con todo, ¿qué podía responder el hombre, que únicamente experimentaba la aflicción y no la paz? “¿Hasta cuándo - pensaba- irán anunciando: «Paz, paz», cuando no hay paz”? Por ello los mismos mensajeros de paz lloraban amargamente, diciendo: Señor, ¿quién ha dado fe a nuestra predicación? Pero ahora, en cambio, los hombres pueden creer, por lo menos, lo que ya contemplan sus ojos; ahora los testimonios de Dios se han hecho sobremanera dignos de fe, pues, para que este testimonio fuera visible, incluso a los que tienen la vista enferma, el Señor le ha puesto su tienda al sol.

13

Ahora, por tanto, nuestra paz no es prometida, sino enviada; no es retrasada, sino concedida; no es profetizada, sino realizada: el Padre ha enviado a la tierra algo así como un saco lleno de misericordia; un saco, diría, que se romperá en la pasión, para que se derrame aquel precio de nuestro rescate, que él contiene; un saco que, si bien es pequeño, está totalmente lleno. En efecto, un niño se nos ha dado, pero en este niño habita toda la plenitud de la divinidad. Esta plenitud de la divinidad se nos dio después que hubo llegado la plenitud de los tiempos. Vino en la carne para mostrarse a los que eran de carne y, de este modo, bajo los velos de la humanidad, fue conocida la misericordia divina; pues, cuando fue conocida la humanidad de Dios, ya no pudo quedar oculta su misericordia.

¿En qué podía manifestar mejor el Señor su amor a los hombres sino asumiendo nuestra propia carne? Pues fue precisamente nuestra carne la que asumió, y no aquella carne de Adán que antes de la culpa era inocente. ¿Qué cosa manifiesta tanto la misericordia de Dios como el hecho de haber asumido nuestra miseria? ¿Qué amor puede ser más grande que el del Verbo de Dios, que por nosotros se ha hecho como la hierba débil del campo? Señor, ¿qué es el hombre para que le des importancia, para que te ocupes de él? Que comprenda, pues, el hombre hasta qué punto Dios cuida de él; que reflexione sobre lo que

Dios piensa y siente de él. No te preguntes ya, oh hombre, por qué tienes que sufrir tú; pregúntate más bien por qué sufrió él. De lo que quiso sufrir por ti puedes concluir lo mucho que te estima; a través de su humanidad se te manifiesta el gran amor que tiene para contigo. Cuanto menor se hizo en su humanidad, tanto mayor se mostró en el amor que te tiene, cuanto más se abajó por nosotros, tanto más digno es de nuestro amor. Dios, nuestro Salvador -dice el Apóstol-, hizo aparecer su misericordia y su amor por los hombres. ¡Qué grande y qué manifiesta es esta misericordia y este amor de Dios a los hombres! Nos ha dado una grande prueba de su amor al querer que el nombre de Dios fuera añadido al título de hombre.

(De los Sermones de San Bernardo, abad, sobre Fil 2, 1-11)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. Cuanto más entra el Señor en tu miseria mayor es su misericordia. ¿Qué lugar tiene la humildad de reconocer tu miseria para acoger su misericordia?
2. ¿Qué cosa manifiesta tanto la misericordia de Dios como el hecho de haber asumido nuestra miseria? ¿Podrás hacer de tu vida un canto a la misericordia divina?
3. ¿Cómo y cuándo das gracias a Dios por su infinita misericordia?

CONVERTÍOS A MÍ Y ENCONTRARÉIS MISERICORDIA

Nadie debe desalentarse por los pecados de su vida pasada para salir al encuentro del Dios rico en misericordia. En el amor divino nos aguarda un perdón sin fronteras. Sin embargo, cabe la pregunta del apóstol Pablo: “¿Te aprovechas de Dios y su inmensa bondad, paciencia y comprensión, y no reconoces que esa bondad te quiere llevar a una conversión?” (Rm 2, 4). La misericordia divina nos invita a abrazar sin tardanzas los caminos del Señor. Convertíos a mí de todo corazón, y que vuestra penitencia interior se manifieste por medio del ayuno, del llanto y de las lágrimas; así, ayunando ahora, seréis luego saciados; llorando ahora, podréis luego reír; lamentándose ahora, seréis luego consolados. Y, ya que la costumbre tiene establecido rasgar los vestidos en los momentos tristes y adversos -como nos lo cuenta el Evangelio, al decir que el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras para dar a entender la grandeza del crimen del Salvador, o como nos dice el libro de los Hechos que Pablo y Bernabé rasgaron sus túnicas al oír las palabras blasfematorias-, así yo os digo que no rasguéis vuestras vestiduras, sino vuestros corazones repletos de pecado; pues el corazón, a la manera de los odres, no se rompe nunca espontáneamente, sino que debe ser rasgado por la voluntad.

Cuando, pues, hayáis rasgado de esta manera vuestro corazón, volved al Señor, vuestro Dios, de quien os habíais apartado por vuestros antiguos pecados, y no dudéis del perdón, pues, por grandes que sean vuestras culpas, la grandeza de su misericordia perdonará, sin duda, la enormidad de vuestros muchos pecados. Pues el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; él no se complace en la muerte del malvado, sino en que el malvado cambie de conducta y viva; él no es impaciente como el hombre, sino que espera sin prisas nuestra conversión y sabe retirar su malicia de nosotros, de manera que, si nos convertimos de nuestros pecados, él retira de nosotros sus castigos y aparta de nosotros sus amenazas, cambiando ante nuestro cambio. Cuando aquí el profeta dice que el Señor sabe retirar su malicia, por malicia no debemos entender lo que es contrario a la virtud, sino las desgracias con que nuestra vida está amenazada, según aquello que leemos en otro lugar: Bástale a cada día su desgracia, o bien aquello otro: ¿Sucede una desgracia en la ciudad que no la mande el Señor? Y, porque dice, como hemos visto más arriba, que el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad y que sabe retirar su malicia, a fin de que la grandeza de su clemencia no nos haga descuidados en el bien, añade el profeta: Quizá se arrepienta y nos perdone y nos deje todavía su bendición.

Por eso, dice, yo, por mi parte, exhorto a la penitencia y reconozco que Dios es infinitamente misericordioso, como dice el profeta David: Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa. Pero, como sea que no podemos conocer hasta

dónde llega el abismo de las riquezas y sabiduría de Dios, prefiero ser discreto en mis afirmaciones y decir sin presunción: Quizá se arrepienta y nos perdone. Al decir quizá, ya está indicando que se trata de algo o bien imposible o por lo menos muy difícil. Habla luego el profeta de ofrenda y brindis para nuestro Dios: con ello, quiere significar que, después de habernos dado su bendición y perdonado nuestro pecado, nosotros debemos ofrecer a Dios nuestros dones.

(Del Comentario de San Jerónimo, presbítero, Sobre el libro del profeta Joel: Jl 2, 12-17)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué fuerza de atracción tiene la bondad y la misericordia de Dios para avanzar en tu conversión al Señor?
2. Los sentimientos de culpabilidad brotan del «ego herido» y no ayudan a la santidad, lo que ayuda es el arrepentimiento y el dolor de haber ofendido a Dios. ¿Qué experiencia tienes de rasgar tu corazón para acoger la misericordia y el perdón de Dios en el sacramento de la reconciliación?
3. Lo que para ti parece imposible para Dios es posible (cf Lc 1,37). ¿Qué experiencia tienes de que Él siempre te está ofreciendo su mano para levantarte? ¿Haces tú lo mismo con los demás? ¿Cuándo te es más difícil?

LA IGLESIA TRATA DE PRACTICAR LA MISERICORDIA

Jesucristo ha enseñado que el hombre no sólo recibe y experimenta la misericordia de Dios, sino que está llamado a «usar misericordia» con los demás: «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia» (Mt 5,7). La Iglesia ve en estas palabras una llamada a la acción y se esfuerza por practicar la misericordia. [...] El hombre alcanza el amor misericordioso de Dios, su misericordia, en cuanto él mismo interiormente se transforma en el espíritu de tal amor hacia el prójimo.

Este proceso auténticamente evangélico no es sólo una transformación espiritual realizada de una vez para siempre, sino que constituye todo un estilo de vida, una característica esencial y continua de la vocación cristiana. Consiste en el descubrimiento constante y en la actuación perseverante del amor en cuanto fuerza unificante y a la vez elevante: —a pesar de todas las dificultades de naturaleza psicológica o social— se trata, en efecto, de un amor misericordioso que por su esencia es amor creador. El amor misericordioso, en las relaciones recíprocas entre los hombres, no es nunca un acto o un proceso unilateral. Incluso en los casos en que todo parecería indicar que sólo una parte es la que da y ofrece, mientras la otra sólo recibe y toma (por ejemplo, en el caso del médico que cura, del maestro que enseña, de los padres que mantienen y educan a los hijos, del benefactor que ayuda a los menesterosos), sin embargo en realidad, también aquel que da, queda siempre beneficiado.

[...] Cristo crucificado, en este sentido, es para nosotros el modelo, la inspiración y el impulso más grande. Basándonos en este desconcertante modelo, podemos con toda humildad manifestar misericordia a los demás, sabiendo que la recibe como demostrada a sí mismo (cf Mt 25,34-40). Sobre la base de este modelo, debemos purificar también continuamente todas nuestras acciones y todas nuestras intenciones, allí donde la misericordia es entendida y practicada de manera unilateral, como bien hecho a los demás. Sólo entonces, en efecto, es realmente un acto de amor misericordioso: cuando, practicándola, nos convencemos profundamente de que al mismo tiempo la experimentamos por parte de quienes la aceptan de nosotros. Si falta esta bilateralidad, esta reciprocidad, entonces nuestras acciones no son aún auténticos actos de misericordia, ni se ha cumplido plenamente en nosotros la conversión, cuyo camino nos ha sido manifestado por Cristo con la palabra y con el ejemplo hasta la cruz, ni tampoco participamos completamente en la magnífica fuente del amor misericordioso que nos ha sido revelada por El.

[...] La auténtica misericordia es por decirlo así la fuente más profunda de la justicia. Si ésta última es de por sí apta para servir de «árbitro» entre los hombres en la recíproca repartición de los bienes objetivos según una medida adecuada el amor en cambio, y so-

lamente el amor, (también ese amor benigno que llamamos «misericordia») es capaz de restituir el hombre a sí mismo.

La misericordia auténticamente cristiana es también, en cierto sentido, la más perfecta encarnación de la «igualdad» entre los hombres y por consiguiente también la encarnación más perfecta de la justicia, en cuanto también ésta, dentro de su ámbito, mira al mismo resultado. La igualdad introducida mediante la justicia se limita, sin embargo al ámbito de los bienes objetivos y extrínsecos, mientras el amor y la misericordia logran que los hombres se encuentren entre sí en ese valor que es el mismo hombre, con la dignidad que le es propia. Al mismo tiempo, la «igualdad» de los hombres mediante el amor «paciente y benigno» (cf 1 Cor 13,4) no borra las diferencias: el que da se hace más generoso, cuando se siente contemporáneamente gratificado por el que recibe su don; viceversa, el que sabe recibir el don con la conciencia de que también él, acogiéndolo, hace el bien, sirve por su parte a la gran causa de la dignidad de la persona y esto contribuye a unir a los hombres entre si de manera más profunda.

[...] Por tanto, el amor misericordioso es sumamente indispensable entre aquellos que están más cercanos: entre los esposos, entre padres e hijos, entre amigos; es también indispensable en la educación y en la pastoral.

[...] Por esto, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales —en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea— el de proclamar e introducir en la vida el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús.

(JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia*, n° 14)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué es lo que paraliza en tu vida cristiana la práctica de la misericordia? ¿Cómo alientas a los demás esta práctica?
2. ¿Cuando practicas la misericordia te sientes pobre y que el Señor actúa a través de ti, o te sientes superior a la persona que estás ayudando?
3. ¿Cómo ves el amor misericordioso en tu comunidad? ¿Qué habría que corregir y cuáles son sus logros?

LA IGLESIA PROFESA LA MISERICORDIA DE DIOS Y LA PROCLAMA

La Iglesia debe profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad, cual nos ha sido transmitida por la revelación. [...] Si algunos teólogos afirman que la misericordia es el más grande entre los atributos y las perfecciones de Dios, la Biblia, la Tradición y toda la vida de fe del Pueblo de Dios dan testimonios exhaustivos de ello. [...] Conforme a las palabras dirigidas por Cristo a Felipe (cf Jn 14,9s), “la visión del Padre” -visión de Dios mediante la fe- halla precisamente en el encuentro con su misericordia un momento singular de sencillez interior y de verdad, semejante a la que encontramos en la parábola del hijo pródigo.

“Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”. La Iglesia profesa la misericordia de Dios; la Iglesia vive de ella en su amplia experiencia de fe y también en sus enseñanzas, contemplando constantemente a Cristo, concentrándose en Él, en su vida y en su evangelio, en su cruz y en su resurrección, en su misterio entero. Todo esto que forma la “visión” de Cristo en la fe viva y en la enseñanza de la Iglesia nos acerca a la “visión del Padre” en la santidad de su misericordia. La Iglesia parece profesar de manera particular la misericordia de Dios y venerarla dirigiéndose al corazón de Cristo. En efecto, precisamente el acercarnos a Cristo en el misterio de su corazón, nos permite detenernos en este punto -en un cierto sentido central y al mismo tiempo accesible en el plano humano- de la revelación del amor misericordioso del Padre, que ha constituido el núcleo central de la misión mesiánica del Hijo del Hombre.

19

La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia -el atributo más estupendo del Creador y del Redentor- y cuando acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora. En este ámbito tiene un gran significado la meditación constante de la palabra de Dios, y sobre todo la participación consciente y madura en la Eucaristía y en el sacramento de la penitencia o reconciliación. [...] El mismo rito eucarístico, celebrado en memoria de quien en su misión mesiánica nos ha revelado al Padre, por medio de la palabra y de la cruz, atestigua el amor inagotable, en virtud del cual desea siempre Él unirse e identificarse con nosotros, saliendo al encuentro de todos los corazones humanos. Es el sacramento de la penitencia o reconciliación el que allana el camino de cada uno, incluso cuando se siente bajo el peso de grandes culpas. En este sacramento cada hombre puede experimentar de manera singular la misericordia, es decir, el amor que es más fuerte que el pecado [...].

Precisamente porque existe el pecado en el mundo, al que “Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito (Jn 3,16), Dios que “es amor” (1 Jn 4,8) no puede revelarse de otro modo si no es como misericordia. Esta corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal.

La misericordia en sí misma, en cuanto perfección de Dios infinito es también infinita. Infinita pues e inagotable es la prontitud del Padre en acoger a los hijos pródigos que vuelven a casa. Son infinitas la prontitud y la fuerza del perdón que brotan continuamente del valor admirable del sacrificio de su Hijo. No hay pecado humano que prevalezca por encima de esta fuerza y ni siquiera que la limite. Por parte del hombre puede limitarla únicamente la falta de buena voluntad, la falta de prontitud en la conversión y en la penitencia, es decir, su perdurar en la obstinación, oponiéndose a la gracia y a la verdad especialmente frente al testimonio de la cruz y de la resurrección de Cristo.

Por tanto, la Iglesia profesa y proclama la conversión. La conversión a Dios consiste siempre en descubrir su misericordia, es decir, ese amor que es paciente y benigno (cf 1 Cor 13,4) a medida del Creador y Padre: el amor, al que “Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (2 Cor 1,3) es el fiel hasta las últimas consecuencias en la historia de la alianza con el hombre: hasta la cruz, hasta la muerte y la resurrección de su Hijo. La conversión a Dios es siempre fruto del “reencuentro” de este Padre, rico en misericordia.

El auténtico conocimiento de Dios, Dios de la misericordia y del amor benigno, es una constante e inagotable fuente de conversión, no solamente como momentáneo acto interior, sino también como disposición estable, como estado de ánimo. Quienes llegan a conocer de este modo a Dios, quienes lo “ven” así, no pueden vivir sino convirtiéndose sin cesar a Él. Viven pues in statu conversionis; es este estado el que traza la componente más profunda de la peregrinación de todo hombre por la tierra in statu viatoris. Es evidente que la Iglesia profesa la misericordia de Dios, revelada en Cristo crucificado y resucitado, no solo con la palabra de sus enseñanzas, sino, por encima de todo, con la más profunda pulsación de la vida, la Iglesia cumple la propia misión del Pueblo de Dios, misión que es participación y, en cierto sentido, continuación de la misión mesiánica del mismo Cristo [...]

(JUAN PABLO II, Carta encíclica *Dives in misericordia* n° 13)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Con qué cauces cuentas para profesar y proclamar la misericordia divina en toda su verdad?
2. ¿Qué rasgos de la misericordia destacarías y cuáles te son más difíciles llevar a cabo en tu camino de conversión?
3. ¿Cómo animas a tus hermanos a la práctica del Sacramento de la Misericordia y qué experiencia personal tienes de dicho sacramento?

SIN LA MISERICORDIA, NO APROVECHAN LAS DEMÁS VIRTUDES

Quien alimenta a Cristo en el pobre, coloca su dinero en el cielo. Reconoce pues en esto la intención y la benignidad de la bondad divina: Dios quiere que tú tengas precisamente para que por tu medio otro no pase necesidad, y para que por el ministerio de tus buenas obras el pobre sea liberado de la carga de la indigencia, y tú de la multitud de tus pecados. ¡Admirable modo de providencia el de la bondad divina, que quiere que se beneficien a la vez dos de una sola obra! Por consiguiente, que el hombre no tenga en poca estima a ningún otro ser humano. No despreciemos la condición humana que el Creador aceptó como suya propia. ¿Acaso será lícito negar a cualquiera de los que sufren lo que Cristo declaró que se empleaba en él mismo? Hay algunos ricos que piensan que ellos, aunque no acostumbran soltar un centavo para ayudar a los pobres de la Iglesia, sin embargo, como guardan todos los demás mandamientos y actos meritorios de la fe y de la moral, sólo tienen una falta venial de una virtud. Pero resulta que esta virtud es tan grande que, sin ella, nada aprovechan todas las demás aunque las tengamos... Esta virtud de la misericordia es la que hace útiles a todas las virtudes. Creado a imagen y semejanza de Dios, el hombre no tiene ningún honor tan propio de su condición como imitar la bondad de su Creador; quien así como por ser misericordioso es distribuidor de sus dones con amplitud, así también por ser justo ha de exigir cuenta de ellos, queriendo que nosotros le imitemos en sus obras. Pues, aunque nosotros no somos capaces de crear ninguna naturaleza, sí que podemos con la ayuda de Dios trabajar la materia recibida. Los bienes terrenos, por tanto, no se nos han entregado para nuestro uso, de modo que hayan de servirnos para saciar el deseo de los sentidos materiales. Si así fuese no nos distinguiríamos en nada de los animales ni de las bestias, que no saben mirar por las necesidades ajenas, y únicamente saben tener cuidado de ellos y de sus crías.

(De los Sermones de San León Magno, comentario de Lc 19,8)

21

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Haces revisión de tu vida de la manera de compartir tu dinero con los más necesitados? ¿Hay equilibrio entre lo que recibes y lo que compartes?
2. ¿Cuáles son tus dificultades para reconocer la presencia de Jesús en los pobres y en los que sufren?
3. ¿Es para ti la virtud de la misericordia la virtud del corazón del hablar sin murmurar y del ayudar poniéndote en el lugar del otro?

NO ALCANZAREMOS LA MISERICORDIA DIVINA SIN PERDONARNOS MUTUAMENTE

Es imposible recibir el perdón de Dios y saborear los frutos de la redención, sin perdonar antes nosotros a quienes nos hayan ofendido. El perdón es amor y de igual forma que no podríamos amar de verdad a Dios sin amar concretamente al prójimo, tampoco podríamos alcanzar su perdón sin antes perdonar nosotros de corazón a los demás. La iniciativa del perdón proviene de Dios: Él ha sido el primero en ofrecérselo en Cristo con el deseo de contagiarnos de su misericordia. Pero si cerramos nuestro corazón a la reconciliación con el hermano o la hermana, también rechazamos el don que Dios nos está dando para transmitir.

El Señor añade una condición necesaria y sin escapatoria, que es, a la vez, un mandato y una promesa, esto es, que pidamos el perdón de nuestras ofensas en la medida en que nosotros perdonamos a los que nos ofenden, para que sepamos que es imposible alcanzar el perdón que pedimos de nuestros pecados si nosotros no actuamos de modo semejante con los que nos han hecho alguna ofensa. Por ello, dice también en otro lugar: Con la medida con que midáis se os medirá a vosotros. Y aquel siervo del Evangelio, a quien su amo había perdonado toda la deuda y que no quiso luego perdonarla a su compañero, fue arrojado a la cárcel. Por no haber querido ser misericordioso con su compañero, perdió la misericordia que había conseguido de su amo. Y vuelve Cristo a inculcarnos esto mismo, todavía con más fuerza y energía, cuando nos manda severamente: Cuando estéis rezando, si tenéis alguna cosa contra alguien, perdonadle primero, para que vuestro Padre celestial os perdone también vuestros pecados. Pero si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre celestial perdonará vuestros pecados. Ninguna excusa tendrás en el día del juicio, ya que serás juzgado según tu propia sentencia y serás tratado conforme a lo que tú hayas hecho. Dios quiere que seamos pacíficos y que tengamos un mismo corazón y que habitemos armónicamente en su casa, y que perseveremos en nuestra condición de renacidos a una vida nueva, de tal modo que los que somos hijos de Dios permanezcamos en la paz de Dios y los que tenemos un solo espíritu tengamos también un solo pensar y sentir. Por esto, Dios tampoco acepta el sacrificio del que no está en paz con alguien, y le manda que se retire del altar y vaya primero a reconciliarse con su hermano; una vez que se haya puesto en paz con él, podrá también reconciliarse con Dios en sus plegarias. El sacrificio más importante a los ojos de Dios es nuestra paz y armonía fraterna y un pueblo cuya unión sea un reflejo de la unidad que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Además, en aquellos primeros sacrificios que ofrecieron Abel y Caín, lo que miraba Dios no era la ofrenda en sí, sino la intención de quien la ofrecía, y por eso, le agradó la ofrenda del que se la ofrecía con intención recta. Abel, el pacífico y justo, con su sacrificio irreprochable, enseñó a los demás que, cuando se acerquen al altar para hacer su ofrenda, deben hacerlo con temor de Dios, con rectitud de corazón, con sinceridad, con paz y unión

mutua. En efecto, el justo Abel, cuyo sacrificio había reunido estas cualidades, se convirtió más tarde él mismo en sacrificio y así, con su sangre gloriosa, por haber obtenido la justicia y la paz del Señor, fue el primero en mostrar lo que había de ser el martirio, que culminaría en la pasión del Señor. Aquellos que lo imitan son los que serán coronados por el Señor, a los que hará justicia el día del juicio. Por lo demás, los que viven en discordia y división, los que no están en paz con sus hermanos no se librarán del pecado de su discordia, aunque sufran la muerte por el nombre de Cristo, como atestiguan el Apóstol y otros lugares de la sagrada Escritura, pues está escrito: Quien aborrece a su hermano es un homicida, y el homicida no puede alcanzar el reino de los cielos y vivir con Dios. No puede vivir con Cristo el que prefiere imitar a Judas y no a Cristo.

(Del Tratado de San Cipriano, obispo y mártir, Sobre la oración del Señor)

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. La misericordia es experiencia de perdón. ¿Eres pronto al perdón o caminas anidando resentimientos, rencores y envidias? ¿Cómo ayudas a curar las heridas de los resentimientos en tu familia, en tu comunidad, y en nuestra diócesis?
2. ¿A qué te compromete las palabras del Padrenuestro «perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden»?
3. Dios manda a la persona que se retire del altar y que se reconcilie antes con su hermano. ¿Haces de la Eucaristía el sacrificio de paz y armonía fraterna más importante a los ojos de Dios?

LA MISERICORDIA DIVINA Y LA MISERICORDIA HUMANA

Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Dulce es el nombre de misericordia, hermanos muy amados; y, si el nombre es tan dulce, ¿cuánto más no lo será la cosa misma? Todos los hombres la desean, mas, por desgracia, no todos obran de manera que se hagan dignos de ella; todos desean alcanzar misericordia, pero son pocos los que quieren practicarla.

Oh hombre, ¿con qué cara te atreves a pedir, si tú te resistes a dar? Quien desee alcanzar misericordia en el cielo debe él practicarla en este mundo. Y, por esto, hermanos muy amados, ya que todos deseamos la misericordia, actuemos de manera que ella llegue a ser nuestro abogado en este mundo, para que nos libre después en el futuro. Hay en el cielo una misericordia, a la cual se llega a través de la misericordia terrena. Dice, en efecto, la Escritura: Señor, tu misericordia llega al cielo.

Existe, pues, una misericordia terrena y humana, otra celestial y divina. ¿Cuál es la misericordia humana? La que consiste en atender a las miserias de los pobres. ¿Cuál es la misericordia divina? Sin duda, la que consiste en el perdón de los pecados. Todo lo que da la misericordia humana en este tiempo de peregrinación se lo devuelve después la misericordia divina en la patria definitiva. Dios, en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, como dijo él mismo: Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis. El mismo Dios que se digna dar en el cielo quiere recibir en la tierra.

¿Cómo somos nosotros, que, cuando Dios nos da, queremos recibir y, cuando nos pide, no le queremos dar? Porque, cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad, como dijo él mismo: Tuve hambre, y no me disteis de comer. No apartes, pues, tu mirada de la miseria de los pobres, si quieres esperar confiado el perdón de los pecados. Ahora, hermanos, Cristo pasa hambre, es él quien se digna padecer hambre y sed en la persona de todos los pobres; y lo que reciba aquí en la tierra lo devolverá luego en el cielo.

Os pregunto, hermanos, ¿qué es lo que queréis o buscáis cuando venís a La iglesia? Ciertamente la misericordia. Practicad, pues, la misericordia terrena, y recibiréis la misericordia celestial. El pobre te pide a ti, y tú le pides a Dios; aquél un bocado, tú la vida eterna. Da al indigente, y merecerás recibir de Cristo, ya que él ha dicho: Dad, y se os dará. No comprendo cómo te atreves a esperar recibir, si tú te niegas a dar. Por esto, cuando vengáis a la iglesia, dad a los pobres la limosna que podéis, según vuestras posibilidades.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cómo son tus deseos de misericordia para tus hermanos en la fe, para aquellos que Dios te ha confiado y para los que te encuentras en tu camino?
2. Cada día dices en la Eucaristía «Señor, ten piedad», y muchas veces dirás en tu interior «Señor, ten misericordia de mí», pero ¿llegas a ver la vida de los demás como el campo para practicar la misericordia?
3. ¿Cómo cultivas la práctica de la «misericordia humana» de atender a los pobres y de la «misericordia divina» del perdón de los pecados?

PROPAGAR LA DIVINA MISERICORDIA

Deseo que los sacerdotes proclamen esta gran misericordia que tengo a las almas pecadoras. Que el pecador no tenga miedo de acercarse a Mí. Me queman las llamas de la misericordia, deseo derramarlas sobre las almas humanas.

Jesús se quejó conmigo con estas palabras: La desconfianza de las almas desgarran Mis entrañas. Aún más, Me duele la desconfianza de las almas elegidas; a pesar de Mi amor inagotable no confían en Mí. Ni siquiera Mi muerte ha sido suficiente para ellas. ¡Ay de las almas que abusen de ella!

Y entendí lo grande que es la misericordia del Señor. Y Jesús volvió a decir muy amablemente: Hija Mía, habla a los sacerdotes de esta inconcebible misericordia Mía. Me queman las llamas de la misericordia, las quiero derramar sobre las almas, y las almas no quieren creer en Mi bondad.

Hoy, Jesús me dijo: Deseo que conozcas más profundamente el amor que arde en Mi Corazón por las almas y tú comprenderás esto cuando medites Mi Pasión. Apela a Mi misericordia para los pecadores, deseo su salvación.

«Oh, sangre y agua que brotaste del Corazón de Jesús como una fuente de misericordia para nosotros, en ti confío».

Al día siguiente me sentía muy débil, pero ya no experimentaba ningún sufrimiento. Después de la Santa Comunión vi al Señor Jesús bajo la apariencia que ya había visto durante una de las adoraciones. La mirada del Señor traspasó mi alma por completo y ni siquiera el más pequeño polvillo se escapó a su atención. Y dije a Jesús: Jesús, pensé que me ibas a llevar. Y Jesús me contestó: Aún no se ha cumplido plenamente Mi voluntad en ti; te quedarás todavía en la tierra, pero no mucho tiempo. Me agrada mucho tu confianza, pero el amor ha de ser más ardiente. El amor puro da fuerza al alma en la agonía misma. Cuando agonizaba en la cruz, no pensaba en Mí, sino en los pobres pecadores y rogaba al Padre por ellos. Quiero que también tus últimos momentos sean completamente a los Míos en la cruz. Hay un solo precio con el cual se compran las almas, y este es el sufrimiento unido a Mi sufrimiento en la cruz. El amor puro comprende estas palabras, el amor carnal no las comprenderá nunca.

Durante la Santa Misa vi al Señor clavado en la cruz, entre grandes sufrimientos. Un silencioso gemido salía de su Corazón; un momento después dijo: [...] Une tus sufrimientos a Mi Pasión y ofrécelos al Padre Celestial por los pecadores.

Hoy, el Señor me dijo: Necesito tus sufrimientos para salvar las almas.

Conferencia sobre el sacrificio y la oración: [...] Con la oración y el sacrificio salvarás más almas que un misionero solamente a través de prédicas y sermones. [...] No tengas miedo, Mi gracia estará contigo...

(A. ESTRADA, Mensaje de Misericordia de Jesucristo al mundo actual, confiado a SANTA FAUSTINA KOWALSKA, Congregación de los Marianos de la Inmaculada Concepción, Barcelona 20132, 55-57).

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cómo puedes proclamar la misericordia de Dios en este Año Jubilar a nivel diocesano, arciprestal, parroquial y personal?
2. ¿Cómo hacer pasar de la desconfianza o el miedo a la plena confianza en la misericordia entrañable de Dios?
3. ¿Cómo alentar el fuego del amor de Cristo en el corazón del sacerdote abrazando la cruz a través de la oración y el sacrificio para llevar la salvación a los demás?



LAS OBRAS DE MISERICORDIA

ALGUNAS CONSIDERACIONES PREVIAS A LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Es importante empezar por entender que la práctica de la misericordia no es una afición, ni un «hobby», que algunas personas, más o menos desocupadas, y con la vida más o menos arreglada, se dedican a hacer. La misericordia tiene su fuente en el amor: ante todo, en el amor recibido. Vivir la misericordia es acoger en nosotros la gracia de salvación que Dios nos propone en Jesucristo, y luego dar espacio a ella para manifestarse a través de nosotros, en otras personas.

30

Así pues, la misericordia no empieza en los actos, sino en las actitudes: antes que una serie de obras que ocasionalmente es posible practicar, es un modo de mirarse a sí mismo y a los demás, que nos lleva a descubrir que todos hemos sido creados por amor y para el amor.

Quien tiene una mirada misericordiosa, pronto adquiere manos misericordiosas, porque el amor es activo, creativo y constructivo.

La misericordia tiene predilección por los más necesitados: su centro está en el bien del prójimo, más incluso que en las posibilidades de uno mismo. Obra así a ejemplo de Jesucristo, que «pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal» (Hch 10,28). La Misericordia de Dios siempre tiene una acción salvífica, liberadora y de desarrollo integral en la persona.

Las obras tradicionales tienen en este sentido validez porque son como caminos que llevan a nuestros ojos hacia las necesidades de nuestros hermanos, donde Cristo mismo nos aguarda: cuando se trata de misericordia, él es el que da y el que recibe.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES

1. VISITAR A LOS ENFERMOS

PALABRA DE DIOS

«Estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme» (Mt 25,36).

«Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; él soportó el castigo que nos trae la paz, y por sus cardenas hemos sido curados» (Is 53,4-5).

«Estas son las señales que acompañarán a los que crean: en mi nombre expulsarán demonios, hablarán en lenguas nuevas, agarrarán serpientes en sus manos y aunque beban veneno no les hará daño; impondrán las manos sobre los enfermos y se pondrán bien» (Mc 16,17-18).

«¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos, pues, mutuamente vuestros pecados y orad los unos por los otros, para que seáis curados» (Sant 5,14-16).

31

CLAVES DE LECTURA

Visitar al enfermo es ponerse en búsqueda y descubrir cómo le va realmente al otro, cuáles son sus sentimientos, sus preocupaciones, sus angustias y buscar con sinceridad su verdad para llegar al corazón de su realidad y dar una respuesta desde el amor cristiano.

Visitar al enfermo significa mirarlo con ojos de fe, si se hace así es un regalo, a veces se ve el resplandor en los ojos de un moribundo, algo así como la transparencia de la mirada de Jesús.

Si ponemos a alguien la etiqueta de “enfermo psíquico” es como si le colgáramos al cuello el cartel de “leproso”, sin mirar dentro de la enfermedad, porque de hacerlo miraríamos el interior del abismo de nuestra propia alma. Desde la fe, en el enfermo físico se ve no solo lo dañado sino también algo valioso.

Tener misericordia con el enfermo es no ver lo pobre y lo mísero del enfermo, sino también en mí mismo, viéndome como en un espejo, él enfermo físico y yo a lo mejor enfermo del espíritu.

No nos engañemos a nosotros mismos cuando vamos a visitar a un enfermo ya sea en su casa o en el hospital, lo importante es el «cómo» de la visita, pues para muchas personas es como un deber molesto aunque se ponga de manifiesto su preocupación y afecto por el enfermo.

ACCIONES

» Visitar a los enfermos olvidados por sus familiares en los hospitales, o bien, visitar a personas que por la lejanía con el centro hospitalario, no reciben visita alguna.

» Compartir nuestro tiempo con los enfermos llevándoles una palabra de aliento, un rato de compañía.

» Cada vez que vas a visitar a un enfermo prepárate en la oración para reconocer en él la presencia de Cristo y siéntete discípulo de Jesús que va a aliviar, animar, curar y sanar.

» Al menos una vez al mes visita a un enfermo detenidamente, sin prisas.

» Formar parte del grupo de Pastoral de Enfermos de la parroquia y estar pendiente de la necesidad de los sacramentos en cada enfermo para hacérselo saber al sacerdote.

» Participar en la celebración comunitaria de la Jornada y de la Pascua del Enfermo.

» Apoyar el trabajo de la pastoral de la salud parroquial/diocesano.

» Apoyar el acompañamiento a las personas mayores para pasear, ocupar tiempo de soledad, pequeños recados o gestiones domésticas... Cáritas (Estamos Contigo).

» Potenciar Vida Ascendente como lugar de encuentros de vida y fe de los mayores.

» Propiciar las visitas a los enfermos hospitalizados y apoyar a las familias.

» Potenciar las visitas a las residencias de mayores.

» Ofrecer apoyo emocional, social y espiritual a las familias que tengan a su cuidado una persona mayor.

» Ofrecer apoyo emocional, social y espiritual a las familias que tengan a su cuidado una persona enferma mental.

» Ofrecer tiempos de respiro para las familias cuidadoras de enfermos o personas mayores.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué es más grave para ti, la enfermedad física o la enfermedad del espíritu? ¿Por qué?

2. ¿Ves el rostro de Cristo sufriente en los enfermos? ¿Cuándo te es más difícil reconocerlo?

3. ¿Conoces a los miembros de la Pastoral de Enfermos de tu parroquia y la labor que realizan? En caso contrario, ¿cómo podrás conocerlos?

2. DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

PALABRA DE DIOS

«Pero Elías le dijo [a la viuda de Sarepta]: “No temas. Entra y haz como has dicho, pero primero haz una torta pequeña para mí y tráemela, y luego la harás para ti y para tu hijo. Porque así habla el Señor, Dios de Israel: No se acabará la harina en la tinaja, no se agotará el aceite en la orza hasta el día en que el Señor conceda la lluvia sobre la haz de la tierra”. Ella se fue e hizo según la palabra de Elías, y comieron ella, él y su hijo. No se acabó la harina en la tinaja ni se agotó el aceite en la orza, según la palabra que el Señor había dicho por boca de Elías» (1 Re 17,13-16).

«Tuve hambre, y me disteis de comer» (Mt 25,35).

«No tienen por qué marcharse; dadle vosotros de comer» (Mt 14,16).

«El que tenga dos túnicas dé una al que no tiene, y el que tenga alimento, comparta con el que no tiene» (Lc 3,11).

«Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad» (1 Jn 3,17-18).

33

CLAVES DE LECTURA

Dar de comer al hambriento tratándolo como un rey y no como un mendigo molesto. Esto requiere mucho tacto para que dicha ayuda no se convierta en motivo de vergüenza para el otro.

Además del hambre material hay hambre de amor, de dedicación y reconocimiento, de justicia...

Dar de comer a la gente que están como ovejas sin pastor, cansadas y abatidas, desconcertadas y desorientadas.

Dar de comer compartiendo nuestras capacidades, nuestros dones, nuestro tiempo...

La Eucaristía es el lugar privilegiado donde saciamos nuestra hambre de Dios.

ACCIONES

- » Participar en la Campaña de manos Unidas, ser voluntario de Cáritas, ayudar en el Banco de alimentos, participar en proyectos con el tercer mundo...
 - » Cuando un mendigo llama a tu puerta o te lo encuentras en el camino, darle no lo que él te pida sino lo que Dios quiere que le des.
 - » Escuchar el hambre que tienen las personas y alimentarlas no solo materialmente sino también espiritualmente.
 - » Plantearte el compartir tu dinero con los más pobres hasta que te duela, para que sea una verdadera caridad y no dar de lo que te sobra.
 - » Tener experiencias de vivir con los más pobres, en lugares de miseria y estar con esas personas ayudando, alentando, animando y compartiendo lo que eres y lo que tienes.
 - » Voluntariado y apoyo económico a las acciones promocionales que Cáritas desarrolla en cada arciprestazgo a favor de las familias acogida en las Cáritas parroquiales (cursos de cocina, sesiones grupales de familia...).
 - » Voluntariado en comedores sociales que existen en la Diócesis (Cádiz, San Fernando, Algeciras).
 - » Suscripción como socio a Cáritas parroquial / Diocesana.
 - » Apoyo y sensibilización de la campaña «Una sola familia humana». Alimento para todos promovida por el papa Francisco.
- 34
- » Fomentar la Comunicación de Bienes entre las parroquias con menos recursos.
 - » Adoptar modos de vida austeros que se traduzca en una mayor generosidad en el compartir con los pobres.
 - » Voluntariado y apoyo económico a las acciones promocionales que Cáritas desarrolla en cada arciprestazgo a favor de las familias acogida en las Cáritas parroquiales (cursos de cocina, sesiones grupales de familia...).
 - » Voluntariado en comedores sociales que existen en la Diócesis (Cádiz, San Fernando, Algeciras).
 - » Suscripción como socio a Cáritas parroquial / Diocesana.
 - » Apoyo y sensibilización de la campaña «Una sola familia humana». Alimento para todos promovida por el papa Francisco.
 - » Fomentar la Comunicación de Bienes entre las parroquias con menos recursos.
 - » Adoptar modos de vida austeros que se traduzca en una mayor generosidad en el compartir con los pobres.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué valoración haces de tu comunidad con respecto a la ayuda de los más pobres que llaman a las puertas de Cáritas? ¿Es tu comunidad comprometida y solidaria con los más pobres?

2. ¿Qué clases de hambres encuentras en la sociedad en la que vives?

3. ¿Cuál es tu mayor experiencia de encuentro con una persona que padecía el hambre material o espiritual?

3. DAR DE BEBER AL SEDIENTO

PALABRA DE DIOS

«Tuve sed y me disteis de beber» (Mt 25,35).

«¡Dame de beber!» (Jn 4,7).

«Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna» (Jn 4,13-14).

«Tengo sed» (Jn 19,28).

«Si alguno tiene sed, que venga a mí, y beberá el que cree en mí. Como dice la Escritura: de su seno correrán ríos de agua viva» (Jn 7,37-38).

CLAVES DE LECTURA

36 La verdadera sed del ser humano es la sed de amor que nunca será saciada solo por seres humanos, sino solo cuando el amor de Dios entre en nosotros a raudales y se convierta en nuestro interior en la fuente del amor que nunca se seca. El agua que Jesús nos da a beber es su Espíritu.

La sed es siempre una imagen del anhelo más profundo del ser humano, hay también sed del corazón: sed de amor, sed de perdón, sed de vida, sed de alegría...

Esta obra de misericordia es expresión de la fe de que dentro de nosotros mana la fuente del amor que sacia nuestra propia sed, no solo para abastecernos a nosotros, sino también a las personas con las que nos encontramos. Es un agua que al ofrecerla a los demás con más ímpetu mana en nuestro interior.

Jesús en la cruz no solo tiene sed de agua, tiene sed del amor de los seres humanos y de que todos entiendan y acojan su mensaje, de que reconozcan su amor. Es en la cruz donde Jesús probó y apuró hasta la última gota el odio y el rechazo de los seres humanos, y al mismo tiempo su amor llega a la consumación.

ACCIONES

» Ayudar en algún proyecto del tercer para abrir pozos en lugares donde la gente no tiene agua y viven una pobreza extrema.

» Cuando alguien llegue a tu casa ofrece algo a tomar, aunque sea un vaso de agua.

- » Contemplar a Jesús crucificado diciendo «tengo sed» y dar una respuesta a lo que él diga a tu corazón.
- » Descubrir en los más cercanos la sed que tienen y ver cómo puedes saciar esa sed.
- » Apoyo de proyectos en países del sur que necesiten agua para su desarrollo (Manos Unidas, Misiones).
- » Sensibilizar a la comunidad cristiana desde las Cáritas parroquiales sobre las familias que no tienen agua por corte del suministro.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cuál es la sed de nuestra sociedad y cuál es la sed de la gente de buen corazón?
2. ¿Qué agua espiritual puedes dar tú para saciar la sed de los demás?
3. ¿De qué sed te habla Jesús desde la cruz? ¿Es Jesús quien sacia la sed de tu corazón?

4. DAR POSADA AL PEREGRINO

PALABRA DE DIOS

«Era forastero y sin techo, y me acogisteis» (Mt 25,35).

«[Dios] ama al forastero y le da pan y vestido. Amad vosotros también al forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto» (Dt 10,18-19).

«No olvidéis la hospitalidad; gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Heb 13,2).

CLAVES DE LECTURA

Ser hospitalario significa acoger a Dios en nosotros, en la morada de nuestra propia vida, entonces nuestra vida se ve renovada y es más fecunda.

La hospitalidad no significa cumplir concienzudamente un deber y ocuparse del forastero, sino primero estar abierto a lo que éste trae a nuestra casa, a lo que tiene que decirnos. Jesús llegó como forastero a las casas de la gente llevando consigo como huésped detalles divinos, su amistad humana y su amor perdonador, así pues también nosotros llegaremos a ser obsequiados cuando estemos abiertos a lo que los forasteros desean darnos o decirnos.

Es una obra de misericordia acoger a numerosos inmigrantes que se apresuran a acudir a nuestro país porque allí donde viven no encuentran condiciones llevaderas de vida para auxiliarlos con nuestra ayuda.

El cristiano, como peregrino físico y espiritual, está llamado a vivir una hospitalidad física y espiritual.

ACCIONES

- » Visitar los lugares de peregrinación cristiana que pueden avivar tu fe.
- » Tener tu casa abierta a los amigos y a las personas.
- » Apoyar y ayudar en todo lo que sea «hogares para transeúntes» o «casas de acogidas».
- » Aprovechar la acogida en tu casa para evangelizar, presentar a Jesús y su mensaje.
- » Buscar trabajo a los inmigrantes y ser acogedores con ellos.
- » Tratar a los inmigrantes como verdaderos hermanos y acogerlos en nuestras comunidades parroquiales haciéndolos partícipes de nuestra vida de fe.
- » Apoyo a familias en situación de desahucio (Servicio Jurídico Cáritas San Fernando).

- » Tomar conciencia de la realidad de las personas en situación de sin hogar y superar barreras y prejuicios sobre ellos para favorecer el contacto y el conocimiento de su realidad.
- » Compromiso de voluntariado en proyecto de PSH (personas sin hogar) que buscan su integración social (Centro Luz y Sal de Cádiz, Servicio de Atención Social en San Fernando, Chiclana, Puerto Real, Centro Social - Comedor Padre Cruceyra de Algeciras y Café y Calor en La Línea de la Concepción).
- » Apoyo económico a las organizaciones que trabajen con este colectivo para el desarrollo de su trabajo (esta propuesta se dirige a no fomentar la mendicidad y las redes de explotación).
- » Ofrecer el empadronamiento a personas en situación de sin hogar para que puedan acceder a los servicios públicos.
- » Favorecer el voluntariado con la Delegación Pastoral de Migraciones (dar a conocer sus proyectos).
- » Participar en los círculos de silencio (2º miércoles de cada mes de 20'00 a 20'30 horas en la plaza de la Catedral de Cádiz).
- » Apoyar con voluntariado y visitas de los centros de alojamiento para personas sin hogar (Albergue Federico Ozanam de San Fernando y Piso tutelado por Cáritas en Cádiz).
- » Organizar grupos que ofrezcan apoyo material y calor humano a las personas que se encuentran viviendo en la calle en las diferentes poblaciones.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Sientes la vida como un peregrinar a la Casa del Padre? ¿Te sientes miembro de una Iglesia Peregrina y «ciudadano del cielo»?
2. ¿Preparas cada día tu interior para acoger a Jesús? ¿Cómo lo haces? ¿Qué experiencia tienes de sentirte acogido por Jesús?
3. ¿Cómo es tu hospitalidad con tus amigos? ¿Y con los más pobres?

5. VESTIR AL DESNUDO

PALABRA DE DIOS

«Estaba desnudo, y me vestisteis» (Mt 25,36).

«Se les abrieron a entrambos los ojos, y se dieron cuenta de que estaban desnudos; y, cosiendo hojas de higuera, se hicieron unos ceñidores» (Gén 3,7).

«Se embriagó y quedó desnudo en medio de su tienda» (Gén 9,21).

«Revestíos de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia» (Col 3,12).

CLAVES DE LECTURA

Vestir a las personas que tienen que llevar las ropas más caras de marca pero que a menudo no tienen confianza en sí mismas y están desnudas. El amor de Dios es como una vestidura que nos protege, por eso también nosotros revestimos a quienes se encuentran desnudos y en vergüenza con la vestidura del amor, para que se sientan cubiertos.

Cubrir a una persona que es despellejada por los demás, defenderla, interponerse entre sus críticos y ella, tomar partido por ella, incluso con el riesgo de vernos expuestos a nuestra vez a críticas violentas.

El desnudo no es siempre el pobre, sino también el puesto en vergüenza o en evidencia o el que se ha desnudado a sí mismo en su embriaguez como hizo Noé. Entonces debemos taparlo misericordiosamente no prestándole atención o envolviéndole con nuestro amor.

Vestir dignamente al que viste con harapos por necesidad o bien se encuentra desnudo, viéndose disminuida su dignidad de hijo de Dios.

ACCIONES

» Siempre hay en nuestro ropero una prenda que no usamos y podemos dar para un ropero de asistencia que también puede encontrarse en algunas Cáritas. Y además podemos ser valientes y desprendidos para dar algo que usamos y que nos gusta.

» Apoya y dona a colectas realizadas por escuelas, parroquias y otras organizaciones caritativas que recogen ropa para los necesitados.

» Vestir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad: la vestidura del honor, del respeto, de la protección. Piensa en una persona concreta que te necesita.

» Actúa con prontitud en solidaridad con las parroquias de hermanos en zonas devastadas por tornados, inundaciones, terremotos y huracanes, dejando a sus habitantes prácticamente sin nada. Situaciones que pueden darse cerca de ti, en países en desarrollo

o en países muy pobres.

- » Asumir conductas no consumistas y que nuestro consumo sea responsable.
- » Apoyo a puntos de venta y tiendas de comercio justo.
- » Reciclar ropa a través de las asociaciones que se dedican a esta labor (Madre Coraje, Cáritas...).
- » Colaborar con los roperos parroquiales entregando ropa digna para volver a ser usada.
- » Apoyar y difundir la labor de Cáritas Arciprestal de Puerto Real en la lavandería, reciclado de ropa y ropa de segunda mano.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. «Si, pues, ha de ir al fuego eterno aquel a quien le diga: estuve desnudo y no me vestiste, ¿qué lugar tendrá en el fuego eterno aquel a quien le diga: estaba vestido y tú me desnudaste?» (San Agustín).

2. ¿Cuál es la desnudez de la sociedad en la que vives?

3. ¿Cuál es tu respuesta cuando ocurre en algún sitio del planeta una catástrofe, desgracia o cataclismo que arrasa a pueblos enteros y necesitan de todo para sobrevivir?

6. REDIMIR AL CAUTIVO

PALABRA DE DIOS

«Estuve en la cárcel, y vinisteis a verme» (Mt 25,36).

«Echaron mano a los apóstoles y los metieron en prisión públicamente. Pero el ángel del Señor, por la noche, abrió las puertas de la cárcel, los sacó y les dijo: “Id, presentaos en el Templo y comunicad al pueblo todo lo referente a esta Vida» (He 5,18-20).

«Acordaos de los presos, como si estuvierais presos con ellos, y de los maltratados, puesto que también vosotros estáis en el cuerpo» (Heb 13,3).

«Porque tuvisteis compasión de los prisioneros y aceptasteis con gozo el despojo de vuestros bienes, sabiendo que tenéis para vosotros mismos una mejor y dura posesión» (Heb 10,34).

CLAVES DE LECTURA

La Iglesia nombra capellanes de prisiones para todas las cárceles de nuestro país. Acompañemos a los presos en su camino espiritual, mostrémosles caminos de salvación. Llevemos a Jesús y su mensaje a las cárceles para que sea conocido como el Salvador y el enviado del Padre.

No tratemos a los presidiarios como leprosos, pues cuando son puestos en libertad necesitan ser escuchados y ayudados, con frecuencia quedan estigmatizados para toda la vida. En ellos encontramos a un ser humano en el cual está presente Cristo.

Lo decisivo es que cuando se va a visitar al encarcelado se vaya sin juzgarlo ni justificarlo, más bien con la fe de que también en él hay un fondo bueno en el cual nosotros creemos.

Quizá Dios desee enviarnos como ángeles a este o aquel encarcelado para que soltemos sus cadenas.

Con nuestra fe en que Cristo está en el encarcelado, hacemos posible que escape de la prisión de la autocondena y del autocastigo y que se arriesgue a tomar el camino hacia la libertad, el camino hacia la imagen única que Dios se ha hecho de él.

Otras formas de cautiverio: el calabozo de la depresión, la angustia ante problemas de la vida encerrándose la persona en sí mismo en su soledad evitando todo contacto con el mundo exterior. Nuestra respuesta sería no rehuir de la persona, no juzgarla sino entenderla en su apuro, ofreciéndole nuestra palabra y nuestra ayuda aunque esta sea rechazada.

ACCIONES

- » Recaudar dinero para rescatar secuestrados, esclavos y cautivos. Hay personas que dedican su vida a rescatar a personas de sus secuestradores pagando un dinero.
- » Mostrar cercanía y ayuda material y espiritual a quienes están en la cárcel.
- » Participar en la pastoral de prisiones.
- » Expresar nuestra vinculación a las personas que están en la prisión mediante cartas, visitas, conversaciones...
- » Liberar a través de la escucha y la cercanía a personas que están encerradas en su angustia y desesperación.
- » Dar a conocer y fomentar el voluntariado de la Pastoral Penitenciaria desarrollado por los padres trinitarios en la Diócesis a través de la ONG “Pro libertas”.
- » Ofrecer a los capellanes de prisiones apoyo material o económico para su labor pastoral.
- » Ofrecer apoyo emocional, social y espiritual a las familias que tengan a un familiar recluso.
- » Ofrecer las parroquias como lugar para la realización de trabajos en beneficio de la comunidad.
- » Apoyo el piso de acogida de reclusos que están en tercer grado que los padres trinitarios acompañan en Algeciras.
- » Adoptar un compromiso de conocimiento de la población reclusa.
- » Invitar a los profesionales del derecho a la ayuda de asesoramiento de la población reclusa y de sus familias.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Te han preocupado alguna vez las personas que están encarceladas?
2. ¿Qué experiencia tienes de ser instrumento de Dios para la liberación de las personas que viven algún tipo de esclavitud?
3. ¿Qué valor tiene para ti la libertad? ¿Qué haces para que las personas que te rodean se sientan libres? ¿Qué te sugiere esta frase de Jesús: «La verdad os hará libres» (Jn 8,31).

7. ENTERRAR A LOS MUERTOS

PALABRA DE DIOS

«Di mi pan a los hambrientos y vestido a los desnudos; y si veía el cadáver de alguno de mi raza arrojado extramuros de Nínive, le daba sepultura. Enterré igualmente a los que mató Senaquerib» (Tob 1,17-18).

«Dejad que los muertos entierren a los muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios» (Lc 9,60).

«Las mujeres que habían venido con él desde Galilea fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo. Luego regresaron y prepararon aromas y mirra» (Lc 23,55-56).

CLAVES DE LECTURA

Enterrar a los muertos es expresión de respeto y valoración de la persona, despedirse de ellos de una manera digna; y asistir al entierro, aunque tengamos que ir desde muy lejos, es expresión de amor al difunto y a su familia.

Enterrar dignamente a una persona es darle tiempo suficiente para despedirnos de él y colaborar para organizar bien el entierro, valorando la huella del bien que esa persona ha hecho durante su vida, haciendo memoria, y preparando la participación en el rito religioso de despedida, aprovechando el momento para alentar la esperanza y avivar la fe en la resurrección y en la vida eterna.

Enterrar a los muertos como obra de misericordia, no es solo cuidar la tumba, sino también recordar al muerto en cada Eucaristía, pues podemos poner nombres concretos en nuestro interior en todas las plegarias eucarísticas en el momento que se ora por los difuntos.

Preparar el entierro del cuerpo dignamente es valorar que el cuerpo es templo del Espíritu Santo, creado a imagen y semejanza de Dios.

Jesús reclama que el seguimiento de él como discípulo es algo prioritario y no se puede posponer el seguimiento hasta que nuestro padre haya muerto. Cuando Dios reina en nosotros, todo lo demás ya no es tan importante, cambiamos nuestra vida sin esperar a que nuestro padre haya muerto.

ACCIONES

- » Procurar la asistencia sacramental (confesión, comunión, unción de los enfermos y confirmación en el caso de que no la haya recibido) del que va a fallecer llamando al sacerdote para que el cristiano reciba sus últimos auxilios y se prepare para el bien morir.
- » Cuando fallece una persona, avisar a familiares, amigos y conocidos para que estén acompañando a la familia del difunto y asistan al entierro.
- » Dar testimonio de que Cristo es «la resurrección y la vida» (Jn 11,25) y que la promesa de la resurrección y de la vida eterna es la esperanza de la vida cristiana.
- » Decir a la gente que las cenizas no deben ser lanzadas al mar o metidas en una urna para colocar en algún lugar de la casa sino que deben ser colocadas en un columbario o una sepultura tradicional en el cementerio.
- » Recordar todo el bien que hizo la persona fallecida y destacarlo invitando a los familiares y amigos a cultivar la huella de amor que la persona dejó.
- » Las adicciones graves pueden convertir a una persona en un semimuerto, por ello se propone apoyar con voluntariado y/o económicamente a las asociaciones especializadas que trabajan con personas que sufren algún tipo de adicción (droga, juego, internet, alcohol...).
- » Ofrecer apoyo emocional a las personas que han perdido a los seres queridos.
- » Ofrecer las parroquias como lugar natural de despedida de los difuntos cuidando muy particularmente las exequias celebradas en las parroquias (primera disposición aprobada por unanimidad por el Sínodo Diocesano).
- » Ofrecer un servicio de acompañamiento de oración y duelo en los tanatorios.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cuáles son las grandes preguntas que te sugiere el hecho de la muerte?
2. ¿Qué pasos puedes dar para practicar bien esta obra de misericordia?
3. Cuando visitas a los familiares de una persona recién fallecida, ¿te pones al servicio de lo que puedan necesitar de ti?

LAS OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

1. ENSEÑAR A QUIEN NO SABE

PALABRA DE DIOS

«Enseña al niño el camino en que debe andar, y aun cuando sea viejo no se apartará de él» (Prov 22,6).

«Y vosotros, padres, no provoquéis ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina e instrucción del Señor» (Ef 6,4).

«Quien instruye a muchos para que sean justos, brillarán como estrellas en el firmamento» (Dan 12,3).

«Uno solo es vuestro maestro; y vosotros sois todos hermanos» (Mt 23,8).

«Id, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,19-20).

CLAVES DE LECTURA

46

«El que no sabe» es alguien que no ha visto algo, por lo que enseñar al que no lo sabe es abrirle los ojos para ver algo que le atañe, que es interesante e importante para él.

Se enseña con palabras y con obras. Las palabras no transmiten solo conocimientos sino que afectan al ser humano, al corazón y abren una puerta para que el alumno pueda entrar para contemplar con asombro un mundo nuevo.

No se enseña al que no sabe acumulando saber, sino ayudando a la gente en su fe, a vivir su vida desde la fe, enseñando a ver la vida con los ojos iluminados del corazón (cf Ef 1,18)). De aquí que cuidemos en no caer en imágenes erróneas de Dios que conducen a imágenes enfermizas de uno mismo.

La intimidad con Cristo posibilita que Jesús ejerza como Maestro a través de nosotros, para ello se necesita la práctica de los sacramentos, la vida de oración, estar con los pobres y reconocerlo presente en la comunidad de cristianos reunida en su nombre.

«Enseñar al que no sabe» es dar palabras que introducen en el arte de vivir, son palabras que suscitan vida en el otro. Solo se puede dar estas palabras de vida al otro cuando uno mismo las ha probado recibiendo vida.

ACCIONES

- » Enseñar a leer y a escribir gratuitamente a personas que tienen dificultades de aprender.
- » Tener un estilo de vida cristiano que enseñe con palabras y obras, y no solo de palabra.
- » Identificarte con Cristo Maestro y dejar que él enseñe a través de ti, viviendo una profunda comunión con él y teniendo como fuente de aprendizaje el Evangelio.
- » Participar en tu parroquia como catequista, sintiendo un deseo profundo de evangelización.
- » A la luz del Evangelio aprender el «arte de vivir» para mostrarlo a los demás con la propia vida.
- » Apoyo escolar en las parroquias que no lo tengan. Existe en varios arciprestazgos de la Diócesis.
- » Talleres de alfabetización para adultos. Existe en Cádiz los tres arciprestazgos de Cádiz.
- » En clave de sensibilización participación en actos de sensibilización y denuncia de situaciones injustas y que vulneren derechos (migrantes y refugiados, psh, exclusión social).
- » Apoyar las campañas de sensibilización que propone la Iglesia Diocesana (valores cristianos, personas sin hogar, refugiados, Manos Unidas...).
- » Educar en la verdad del mensaje cristiano y evangélico.
- » Que se estudie y reflexione el Análisis de la Realidad realizado por Cáritas.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Enseñas al que no lo sabe desde la superioridad o desde la humildad? Cuando estás enseñando, ¿te sientes del mismo barro de la otra persona sabiendo que de todo ser humano puedes aprender mucho?
2. ¿Cuál es la fuente de tu sabiduría? ¿Cómo ejerces la misión de enseñar lo que otros no pueden dar y que es un rasgo propio de tu persona?
3. ¿Cómo llevas a cabo la misión que Jesús te ha encomendado de «Id y haced discípulos [...], enseñándoles a guardar todo lo que él nos ha mandado»?

2. DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO NECESITA

PALABRA DE DIOS

«¿Quién abarcó el espíritu del Señor, y como consejero suyo le enseñó? ¿Con quién se aconsejó, quién le explicó y le enseñó la senda de la justicia, y le enseñó la ciencia, y el camino de la inteligencia le mostró?» (Is 40,13-14).

«Bendigo al Señor que me aconseja, aun de noche mi conciencia me instruye» (Sal 16,7).

«El hijo sabio recibe el consejo de su padre, el arrogante no escucha la represión» (Prov 13,1).

«El necio menosprecia el consejo de su padre,; mas el que guarda la corrección será prudente» (Prov 15,5).

«Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad en lo alto de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres» (Mt 5,14-16a).

CLAVES DE LECTURA

48

Se trata de dar buen consejo al que duda, al que está confuso o camina como a través de una niebla. La duda está al servicio de la verdad y hace humano al ser humano. La duda fuerza a decidirse por una posibilidad.

Antes de dar un consejo al que duda se ha de hablar con él, escuchar sus dudas e intentar formular la respuesta que surge en mí. La duda forma parte de la fe. Muchas veces la gente se acusa en el confesionario de sus dudas de fe, pero la duda de fe nos obliga a distinguir entre las imágenes que nos hemos hecho de Dios y del Dios verdadero. La duda de fe nos libra de sentirnos seguros y de ponernos por encima de los demás.

«Dar consejo» significa ocuparse de alguien, tomar precauciones, reflexionar sobre lo que el otro necesita para la vida, preparar palabras que le ayuden a superar la situación en que se ve.

Las dudas forman parte de la vida y de la fe, pero a veces pueden desembocar en desesperación. La desesperación es ausencia de salidas y se tiene la sensación de que carece de sentido seguir luchando, seguir viviendo. En la desesperación se ha perdido toda la confianza en la providencia de Dios. Aconsejar a un desesperado no es fácil, antes de decir una palabra, debemos soportar su desesperación. En lo profundo del ser es donde se descubre que Dios es el fundamento sobre el que se puede construir la vida, en el que se puede esperar contra toda esperanza.

ACCIONES

- » Ejercer el ministerio del acompañamiento espiritual.
- » aconsejar no solo de palabra, sino también con la propia vida y desde la experiencia.
- » Prepararse espiritualmente para ayudar a los demás analizando la propia vida y la de los otros, sacando una enseñanza que sirva de orientación.
- » Practicar el sacramento de la confesión, donde uno es orientado y perdonado.
- » Admitir la duda en la fe, pero estar siempre en búsqueda hasta encontrar la luz para poder iluminar a los demás.
- » Derivar a las personas que necesiten ayuda a las Cáritas parroquiales.
- » Dar a conocer el COF a personas que lo pueden necesitar.
- » Ofrecer el clero diocesano para la acogida y el acompañamiento espiritual.
- » Que cada comunidad parroquial conozca los recursos sociales y entidades que puedan colaborar con ella en su misión.
- » Derivar a las personas que necesiten ayuda a las Cáritas parroquiales.
- » Dar a conocer el COF a personas que lo pueden necesitar.
- » Ofrecer el clero diocesano para la acogida y el acompañamiento espiritual.
- » Que cada comunidad parroquial conozca los recursos sociales y entidades que puedan colaborar con ella en su misión.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. Cuando tienes dudas de fe, ¿buscas a la persona que puede ayudarte o te encierras en ti mismo? ¿Cuál es tu reacción y por qué?
2. Cuando alguien te está contando algo de su vida, ¿sabes escuchar y tener empatía, o antes de terminar de narrar su historia ya quieres dar tu respuesta? ¿Qué valor tiene para ti la escucha?
3. ¿Cuál es tu reacción ante la desesperación de los demás? ¿Cómo cultivas la confianza en Dios?

3. CORREGIR AL QUE YERRA

PALABRA DE DIOS

«No hay quien sea justo, ni siquiera uno. No hay un sensato, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se corrompieron; no hay quien obre el bien, no hay siquiera uno» (Rom 3,10-12).

«Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo a uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como el gentil o publicano» (Mt 23,16).

«Así pues, el que crea estar en pie, mire no caiga» (1 Cor 10,12).

«Si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, que tenéis el Espíritu, corregidlo con espíritu de mansedumbre. Y no te descuides tú mismo que también tú puedes ser puesto a prueba» (Gál 6,1).

«Sabed esto: el que enderezca aun pecador de su mal camino, salvará su alma de la muerte y consigue el perdón de muchos pecados» (Sant 5,20).

CLAVES DE LECTURA

«Corregir al que yerra» es corregir al pecador. El significado de la palabra griega «pecar» es «errar el camino». Si todos nos apartamos del camino, ¿cómo vamos a mostrar el camino a los extraviados? San Agustín dice: «Si descuidares corregir, te vuelves peor que el que pecó».

«Corregir al que yerra», es una forma de actuar cristianamente, en vez de hablar del otro, hemos de hablar con él, y también con la conciencia de que también nosotros mismos corremos peligro. La corrección fraterna debe hacerse siempre con caridad, justicia, benignidad, humildad y prudencia.

Para «corregir al que yerra» se necesita valor para acercarse al otro y dirigirle la palabra y dejar al otro la libertad para que reaccione como quiera, pues propio de la misericordia es dejarle en paz para que siga el camino que según él cree le lleva a la vida. No nos dirigimos a él para ponernos por encima de él, ni para acusarle, ni condenarle.

En su dimensión política nuestra tarea es afinar nuestra propia conciencia y la de los demás para los caminos que lleva a extraviarse. Esta es la dimensión profética de la fe cristiana que llama la atención sobre cosas que a muchos no les agrada oír. El refranero popular nos dice: «quien bien te quiere, te hará llorar».

ACCIONES

- » Hacer silencio hasta que se serene la situación, entonces hacer la corrección fraterna, y no corregir acalorado, con desprecio o desprecio, con reproche en vez de con caridad.
- » No imaginar ni sospechar si no se sabe cierto el camino erróneo de la persona, y practicar la limpieza de corazón corrigiendo cuando se ve la necesidad de ello.
- » No juzgar, no condenar, no criticar destructivamente, no murmurar, sino ayudar a levantarse y a corregir errores.
- » La corrección fraterna se hace si va a ser un bien, pero si va a ser contraproducente como es provocando la ira o induciendo a un mayor mal o pecado debe omitirse y orar por la persona, o buscar a alguien más cercano que pueda tenderle una mano.
- » Cuando la situación es muy grave, tener la valentía de comunicar a la autoridad competente con el fin de que la misma no empeore, pues un buen ciudadano o un buen cristiano no puede quedarse de brazos cruzados ante momentos que puedan perjudicar a terceras personas.
- » Que la comunidad parroquial viva la corrección fraterna desde la actitud misericordiosa de Dios Padre.
- » Educar a los fieles en un juicio crítico de la realidad desde los valores evangélicos (signos de los tiempos).

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Eres valiente cuando ves que tienes que hacer la corrección fraterna o lo dejas pasar porque no quieres complicarte la vida? ¿Piensas que en nuestras comunidades cristianas se practica la corrección fraterna o la gente rehúye de ella por comodidad?
2. Cuando vas a corregir al otro, ¿ves la viga que hay en tu ojo al mismo tiempo que la paja que hay en el ojo de tu hermano (cf Mt 7,5)? ¿Tomas conciencia de que tú también puedes caer en lo mismo, que estás hecho del mismo barro, y que no puedes decir: «de ese agua no beberé»?
3. ¿Cuál es tu reacción ante los defectos de los demás? ¿La murmuración o la corrección fraterna? ¿Por qué?

4. PERDONAR AL QUE NOS OFENDE

PALABRA DE DIOS

«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

«Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete» (Mt 18,21-22).

«Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas» (Mt 6,14-15).

«Esto mismo hará con vosotros vuestro Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano» (Mt,18,35).

«Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también nos perdonó a vosotros en Cristo» (Ef 4,32).

«... soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros» (Col 3,13).

CLAVES DE LECTURA

Podemos ser injuriados por una palabra ofensiva que abre en nosotros viejas heridas; por el otro que no nos presta ninguna atención; por alguien que nos insulta o habla mal de nosotros, quien nos ridiculiza delante de otros, quien nos trata de manera desagradable, quien nos desprecia. Todo esto necesita una respuesta de amor.

«Perdonar de buen grado a quienes nos injurian», nos ofenden, nos hieren o nos afligen. Perdonar significa no llevar cuenta de lo adeudado, abandonar una exigencia de reparación. Quiere decir que despacho al otro, que no giro constantemente en torno a la herida que me infligió, sino que sencillamente la doy, la dejo junto a él, me libero de ella.

Cuatro pasos en el perdón: El primero consiste en admitir una vez más el dolor y que me han hecho daño, indistintamente de la intención de la otra persona; el segundo consiste en admitir la cólera, esa energía para arrojar de mí a quien me ha injuriado estableciendo una distancia saludable respecto de él; el tercer paso se trata de entender, sin hacer valoraciones sobre la injuria a quien la hizo y a mí mismo en cuanto ofendido. No disculpo, pero tampoco inculpo. Solo cuando puedo entenderme a mí mismo dejo de hacerme reproches por no saber perdonar o por seguir siendo aún tan susceptible; el cuarto paso es el auténtico perdón donde me libero del poder del otro, que me ha injuriado, me libero de

esa energía negativa que sigue todavía en mí debido a la injuria del otro. Siempre que no consigo perdonar me siento atado al otro, estoy permitiendo que quien me ha injuriado determine mi estado de ánimo.

A veces se necesita un tiempo bastante largo de separación para que el perdón se haga realidad en uno mismo, para que no se quede en un simple acto de la voluntad, sino que penetre también en el corazón.

«Perdonar de buen grado» significa perdonar de todo corazón y no a regañadientes. Pero solo podemos perdonar al otro cuando nos perdonamos a nosotros mismos. De aquí que el perdón al que nos ha injuriado es un acto de misericordia para con él y para con nosotros mismos.

El negar el sincero perdón a una persona, demuestra resentimiento, amargura, enojo, rencor, y el primer perjudicado es uno mismo que pierde la paz interior.

ACCIONES

» Estar preparado interiormente para ante la crítica, la injusticia, los insultos y calumnias no responder con sentimientos de rencor o de venganza, teniendo siempre presente las palabras de Jesús cuando lo estaban crucificando: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34).

» Pedir a Dios la gracia del perdón cuando es difícil perdonar, pensando en las palabras que Jesús nos dijo en la oración del Padrenuestro: «perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden» (Mt 6,12).

» Ser comprensivo con el hermano que te ofende porque el amor todo lo comprende, sabiendo que una persona hace daño cuando está mal con ella misma o no tiene a Dios.

» Practicar con frecuencia el sacramento del perdón donde se tiene experiencia de la misericordia de Dios para poder tener misericordia con los demás.

» Cuando una persona te ofende pensar, cómo es el perdón de Dios con ella cuando se arrepiente y cómo es tu perdón.

» Entre algunas poblaciones de nuestra Diócesis existen desigualdades en el tratamiento de los servicios públicos (agua, luz, alquiler...) con familias en situación de exclusión. Proponer acciones que acompañen a las familias en la renegociación de estas deudas antes las entidades correspondientes.

» Vivir el perdón, como una realidad diaria, en la vida personal y parroquial expresada comunitariamente en la celebración sacramental de la reconciliación.

» Entre algunas poblaciones de nuestra Diócesis existen desigualdades en el tratamiento de los servicios públicos (agua, luz, alquiler...) con familias en situación de exclusión. Proponer acciones que acompañen a las familias en la renegociación de estas deudas antes las entidades correspondientes.

» Vivir el perdón, como una realidad diaria, en la vida personal y parroquial expresada comunitariamente en la celebración sacramental de la reconciliación.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cómo valoras el sacramento del perdón y cómo anuncias a los demás los beneficios de esta gracia recibida? ¿Qué experiencias tienes del perdón de Dios?
2. Cuando te es difícil perdonar, ¿qué sueles hacer y cómo llegas a conceder tu perdón?
3. ¿Cuál es tu reacción cuando alguien no te perdona?

5. CONSOLAR AL TRISTE

PALABRA DE DIOS

«Muchas cosas como éstas he oído, solo sois consoladores agobiantes. ¿Tendrá fin cada palabrería? ¿Qué os impulsa a defenderos? También yo hablaría como vosotros, si estuvierais en mi lugar; sin duda os agobiaría con discursos, movería contra vosotros mi cabeza» (Jb 16,2-4).

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados» (Mt 5,4).

«Por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad; os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré» (Jn 16,6-7).

CLAVES DE LECTURA

«Consolar al triste» es aguantar junto a la persona su duelo, en su desesperación, en su llanto, en su desamparo. Consolar es escuchar y permanecer junto a la persona en su tribulación. Consolar significa llamar, animar, tranquilizar, apoyar. El evangelista Juan llama al Espíritu Santo el gran consolador.

«Consolar al triste» es apoyarlo en su apuro, pero también decirles palabras que toquen su corazón, que le fortalezca en medio de la debilidad, palabras para pasarle al otro el cáliz de nuestro amor para que beba.

55

Quien desea consolar debe abstenerse de toda interpretación, no me corresponde a mí comentar ni interpretar el sufrimiento del otro, ni preguntar sobre sus causas, ni transmitirle al otro que él tiene la culpa de su desgracia, pues esto no sería consolar sino acusar.

La fe nos ayuda a superar el duelo de la pérdida del amor de un matrimonio que se rompe, de la pérdida del trabajo, de la salud o de la amistad... Jesús trata misericordiosamente a quienes hacen duelo para que nosotros, a imitación suya, consolemos a los dolientes y así actuemos misericordiosamente con ellos.

ACCIONES

A quien te encuentres triste en el camino de la vida ante todo escúchalo y luego busca la forma de tenderle una mano, preguntándole cómo puedes ayudarlo.

Coloca tu mano sobre el hombro de quien se siente triste o cógele su mano para decirle que siempre puede contar contigo.

Ten empatía, ponte en el lugar del que se encuentra triste para darle una respuesta desde el corazón.

Ten cuidado cuando te acerques a alguien que vive por las calles, pues no todos los extraños reciben con agrado un acercamiento.

Dedica tiempo al que se encuentra triste hasta dejarlo mejor de cómo lo encontraste.

En tu conversación con una persona invadida por la tristeza pon palabras de esperanza.

Dar a conocer a la comunidad parroquial las acciones realizadas a favor del bien de las personas que se realizan en la parroquia y comunidad diocesana para dar esperanza (programas de acción sociocaritativa, escuela de evangelización, discipulado, oratorios, cenáculos, misiones,...).

Invitar y acompañar personalmente a participar en las anteriores realidades.

Dedicar tiempo a acompañar y ofrecer aliento y esperanza a los miembros de la comunidad parroquial que tengan algún sufrimiento.

Fomentar un compromiso de llevar la alegría del Evangelio a aquellos lugares donde existan realidades de sufrimiento y tristeza (alegría como actitud importante en la vida y como testimonio de los frutos del Espíritu Santo).

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. Cuando ves a una persona triste, ¿cuál es tu reacción? ¿Haces lo mismo que haría Jesús?
2. ¿Cómo trabajas la alegría del Evangelio para transmitirla a los demás?
3. Cuando caes en la tristeza, ¿qué sueles hacer? ¿Buscas las fuentes de la alegría cristiana?

6. SUFRIR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

PALABRA DE DIOS

«Con vuestra paciencia salvaréis vuestras almas» (Lc 21,19).

«Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» (Gál 6,2).

«La tribulación engendra paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5,3-5).

«Pues si alguien ha causado tristeza, no es a mí a quien se la ha causado; sino en cierto sentido -para no exagerar- a todos vosotros. Bastante es para ese tal el castigo infligido por la comunidad, por lo que es mejor, por el contrario, que le perdonéis y le animéis no sea que se vea ese hundido en una excesiva tristeza. Os lo suplico, pues, que reavivéis la caridad para con él» (2 Cor 2,5-8).

«Tened consideración con el que es débil. No andéis discutiendo. Tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú, ¿por qué desprecias a tu hermano? ¿No sabes que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios? Dejemos por tanto de juzgarnos unos a otros» (Rom 14,10).

57

CLAVES DE LECTURA

«Sufrir pacientemente» no significa dejar de manera puramente pasiva que las cosas sucedan sino que es una decisión consciente de actuar como Jesús, de no protestar contra la injusticia, sino aceptarla, sin dejarse quebrantar si doblegar ante ella.

Solo puedo «sufrir pacientemente» la injusticia desde la posición del fuerte que soporta lo injusto y lo aguanta, que no abandona la esperanza de que la injusticia no sea la última palabra.

«Sufrir con paciencia los defectos del prójimo» es amar al hermano difícil. Molesto es alguien que nos resulta una carga, que nos importuna, que nos echa encima una carga; alguien que es desagradable, que resulta pesado, que da la lata con su comportamiento.

Siempre hay cosas en el otro que hay que soportar, a veces no se puede eliminar la carga del otro ni dialogando, ni distanciándome de él, ni luchando contra él. Al final lo mejor es aceptar y aguantar a las personas como son y amarlas en su realidad. Muchas veces las personas hacen daño porque están mal consigo mismo o porque están desequilibradas.

«Quien soporta y aguanta al otro se muestra fuerte, a quien, por el contrario, tiene predisposición débil y casi enfermiza se le debe tratar con cuidado y suavidad» (Casiano).

ACCIONES

- » Acepta a las personas como son e utiliza sus defectos para ejercitar tu paciencia y avanzar en la santidad.
- » Ejerce el dinamismo espiritual de amar y perdonar cada día al hermano difícil si quieres ser misericordioso.
- » Ejercita la paciencia ya que es uno de los frutos del Espíritu Santo esperando en Dios y sabiendo que lo mejor está por venir.
- » Cuando alguien te caiga mal, di «esa persona es para mí», es un camino de santificación. Comienza orando por ella hasta que la veas como hija de Dios y hermana tuya.
- » No digas «yo no aguanto a esta persona» porque sabes que Dios la aguanta y sabe esperar. Quizá un día cambie. No cierres las puertas de tu corazón.
- » Trata de corregirte y tener también paciencia contigo mismo porque el camino de la perfección no es de un día para otro, sino que es gradual, con caídas y retrocesos que son necesarios asumir.
- » Ármate de paciencia, porque también en el apostolado es necesaria e imprescindible la paciencia, ya que de lo contrario echarías todo a perder.
- » Fomentar el conocimiento mutuo y acogida fraterna.
- » Vivir la empatía y enriquecernos con la diferencia. Dar primacía a lo que nos une más que a lo que nos diferencia.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Cuándo te es más difícil ejercer la paciencia?
2. ¿Cómo es tu capacidad de sufrimiento ante los defectos de los demás o por el contrario huyes del hermano difícil?
3. ¿Qué experiencia tienes de avanzar en el camino de la santidad valiéndote de las dificultades de la vida y de los defectos propios y de los demás?

7. ROGAR A DIOS POR LOS VIVOS Y LOS DIFUNTOS

PALABRA DE DIOS

«Orad siempre, sin desfallecer» (Lc 18,1).

«Ante todo recomiendo que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres: por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos vivir una vida tranquila y apacible con toda piedad y dignidad. Esto es bueno y agradable a Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad» (1 Tim 2,1-4).

«Pues de no esperar que los soldados caídos resucitarían, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos; mas si consideraba que una magnífica recompensa está reservada a los que se duermen piadosamente, era un pensamiento santo y piadoso. Por eso mando hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado» (2 Mac 12, 44-46).

CLAVES DE LECTURA

La oración por los vivos

La oración de petición o de intercesión por las personas va unida a emplearse a fondo por ellas. Si se entiende la oración como una huida del compromiso personal, nuestra oración pierde su valor. Es por tanto que lucha y contemplación, acción y oración, van siempre unidas, son inseparables.

No podemos orar a Dios como nuestro Padre sin practicar como hijos de Dios un comportamiento nuevo con respecto a nuestros hermanos. Santa Faustina Kowalska nos dice a cerca de la oración: «A través de la oración el alma se arma para enfrentar cualquier batalla. En cualquier condición en que se encuentre un alma, debe orar. Tiene que rezar el alma pura y bella, porque de lo contrario perdería su belleza; tiene que implorar el alma que tiende a la pureza, porque de lo contrario no la alcanzaría; tiene que suplicar el alma recién convertida, porque de lo contrario caería nuevamente; tiene que orar el alma pecadora, sumergida en los pecados, para poder levantarse. Y no hay alma que no tenga el deber de orar, porque toda gracia fluye por medio de la oración».

La verdadera oración por el otro entraña ocuparnos de él, intentando ponernos en su lugar, captando sus sentimientos: ¿qué anhela? ¿Con qué sufre? ¿Qué necesitaría? ¿Qué le haría bien? Y luego podemos rezar por él para que Dios le ayude y le bendiga.

La oración genera en lo hondo de nosotros mismos más luz, más amor, más esperanza y confianza para nosotros mismos y para por quienes oramos. Al rezar por los otros, los vemos de manera nueva porque la verdadera oración mira con la mirada de Jesús.

Oramos por los demás porque confiamos en que Dios escucha nuestra oración y en que Dios puede ayudar al otro, aunque sabemos que lo importante en la oración no es que Dios haga lo que nosotros deseamos sino lo que es su voluntad, ya que la voluntad de Dios siempre es lo mejor para la persona aunque no lleguemos a comprender lo que sucede.

La oración por los difuntos

La oración por los difuntos es expresión de nuestro amor y vinculación a ellos, pero también expresión de la fe en que el amor es más fuerte que la muerte, en que la muerte no destruye nuestro amor al difunto, sino que solo puede transformarlo. Con la oración le prestamos nuestro último servicio a la persona que amamos.

Con nuestra oración le decimos a los difuntos que no les dejamos solos en su proceso de morir, sino que les acompañamos con nuestro amor.

La oración por excelencia por los difuntos es la Eucaristía donde en todas las plegarias eucarísticas oramos por ellos y experimentamos la comunión con ellos. Es de gran riqueza el ofrecimiento de la Eucaristía por nuestros difuntos, siendo una buena costumbre celebrar en el primer aniversario del difunto una misa en la que se reúnen los familiares. Así crecerá la confianza de que éste se encuentra junto a Dios, en su gloria, o que nuestra oración ayuda a su purgación para que en cuanto antes participe del paraíso junto al Señor, y de que con la mirada en el cielo encontramos el criterio correcto para vivir aquí en este mundo.

ACCIONES

» Reza por personas concretas cada día. Cuando rezas por alguien te solidarizas con él, lo quieres como a ti mismo. No rezas para ablandar el corazón de Dios, sino para agrandar el tuyo. Rezar es llenar tu corazón de nombres.

» Ruega todos los días por los vivos y los difuntos, y sentirás cómo crece la comunión de los santos.

» Practica la oración de intercesión cuando estás en casa, cuando vas por la calle, cuando estás en la Iglesia.

» Intercede constantemente por los pecadores, los moribundos y las ánimas del purgatorio.

» Ofrece la Eucaristía de cada día teniendo presente a tus difuntos en el momento de la plegaria eucarística y en cada aniversario puedes encargar una misa por tus fieles difuntos.

» Cuando alguien fallece hazte cercano a la familia y ora con ella por el difunto.

» Invitar a ser constantes en la oración personal y la lectura espiritual.

» Ofrecer espacios de oración comunitaria permanente.

» Aprovechando el calendario litúrgico y las campañas de sensibilización que se ofrecen organizar vigiliias de oración.

PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO

1. ¿Qué valor tiene la oración en tu vida cristiana? ¿Sabías que orar por los vivos y por los difuntos es una obra de misericordia?

2. ¿Meditas y contemplas los textos bíblicos sobre la resurrección y la vida eterna? ¿Qué importancia tiene en tu vida apostólica este ejercicio espiritual?

3. ¿Cuáles son tus principales oraciones de intercesión de cada día? ¿Ves la eficacia y fecundidad de tu oración?

(Para la reflexión de las obras de misericordia se ha tenido como texto de telón de fondo ANSELM GRÜN, *Entrañas de misericordia. Caminos para transformar el mundo*, Sal Terrae, Santander 2009).



EXAMEN DE CONCIENCIA

EXAMEN DE CONCIENCIA

LAS OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES

1. VISITAR A LOS ENFERMOS

- » Cuando tengo conocimiento de personas conocidas, amigos, familiares o allegados que están enfermos, o de enfermos que no tienen a nadie, ya sea en el hospital o en sus casas, ¿acudo con prontitud a visitarlos y suelo hacerlo con frecuencia, no siendo una visita de cumplimiento sino mostrando un verdadero interés por ellos?
- » ¿Pregunto al enfermo lo que necesita de mí e intento llevarlo a cabo?
- » ¿Acompaño a los enfermos? ¿Oro con ellos y por ellos?
- » ¿Valoro la labor del grupo de Pastoral de Enfermos de mi parroquia? ¿Y si no existe, intento crearlo?

2. DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

- » ¿Comparto mis bienes con los más pobres? ¿Doy de lo que me sobra o de lo que necesito?
- » ¿Tengo designado una cantidad mensual de mi sueldo para compartirlo con Cáritas?
- » Cuando veo a un pobre que tiene hambre, ¿busco la forma de darle de comer? ¿Le escucho y procuro solucionar su necesidad?
- » En las Campañas contra el Hambre, como la de Manos Unidas, colectas para Cáritas parroquial o diocesana, ¿suelo ser generoso? ¿Comparto hasta que me duela?
- » ¿Valoro la Eucaristía como el lugar donde sacio el hambre de Dios? ¿Intento llevar también a otros para que sacien su hambre?

3. DAR DE BEBER AL SEDIENTO

- » ¿Me preocupo de los pueblos donde las personas tienen que recorrer kilómetros para ir por agua? ¿Participo de alguna manera para posibilitar el hacer pozos para que tengan el agua a su alcance?
- » ¿Cuido el agua como un bien que tenemos que proteger entre todos?
- » ¿Tengo sed de amor, de perdón, de oración, de evangelización? ¿Intento saciar la sed espiritual de los demás?
- » ¿Pienso en la sed que tienen los pobres e intento dar una respuesta?

4. DAR POSADA AL PEREGRINO

- » ¿Me preocupo de las personas sin techo y sin hogar, e intento darles una respuesta?
- » Ayudo como voluntario en los comedores u hogares para los sin techo, ya sean de la Iglesia o de alguna ONG?
- » ¿Soy acogedor con los inmigrantes e intento prestarle la ayuda que necesitan?
- » ¿Soy una persona acogedora y hospitalaria? ¿Tengo mi casa abierta a los demás?
- » ¿Valoro las peregrinaciones como forma de crecimiento en la fe?

5. VESTIR AL DESNUDO

- » ¿Soy austero en el vestir y evito el consumismo? ¿Soy capaz de desprenderme de mi ropa cuando alguien la necesita?
- » ¿Soy solidario cuando ocurre alguna catástrofe, desgracia o cataclismo en algún lugar de la tierra, colaborando con Cáritas para que les llegue la ayuda?
- » El pecado es una forma de quedarme desnudo ante Dios. ¿Cuando pecco, ¿busco con prontitud el sacramento del perdón para recuperar mi imagen y semejanza de Dios?

6. REDIMIR AL CAUTIVO

- 66
- » ¿Cuando he conocido a alguien que ha sido encarcelado he ido a visitarlo?
 - » ¿Reconozco la presencia de Cristo en el que está prisionero?
 - » ¿Valoro la «Pastoral de Prisiones»? ¿Oro por los que están en la cárcel y me hago cercano a ellos?
 - » ¿Acojo a los que salen de la cárcel e intento socorrerlos?
 - » ¿Ayudo a liberar a las personas que son esclavas de sus pasiones, instintos y de su propio «ego»?
 - » ¿Lucho para que el ser humano viva en la libertad de los hijos de Dios?

7. ENTERRAR A LOS MUERTOS

- » Cuando una persona fallece, ¿acompañó a su familia y asisto al entierro, ayudando en lo que esté en mis manos?
- » ¿Acompañó a las personas para que tengan un «buen morir» y procuro que estén asistidas sacramentalmente por un sacerdote?
- » Ante la muerte de una persona, ¿doy testimonio de mi fe en la resurrección y en la vida eterna?
- » ¿Procuro que las personas sean enterradas en un lugar digno y lo mismo los que han sido incinerados?

LAS OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

1. ENSEÑAR A QUIEN NO LO SABE

- » Si soy padre o madre, ¿me preocupo de la educación de mis hijos? ¿Dedico tiempo al diálogo con ellos? Como cristiano, ¿inicio a mis hijos en la oración, los sacramentos y a tener el Evangelio como modo de vida?
- » Siendo discípulo de Jesús por el bautismo, ¿intento hacer nuevos discípulos y enseño a guardar todo lo que él nos ha mandado?
- » ¿Muestro con palabras y obras la fe a los demás o me quedo solo en las palabras?
- » ¿Procuró purificar cada día la imagen que tengo de Dios para no convertirlo en un ídolo creado a mi imagen y semejanza?
- » ¿Valoro la catequesis de mi parroquia y me he preguntado si el Señor me llama a ser catequista?

2. DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO NECESITA

- » Cuando alguien me pide un consejo, ¿intento orientar desde la fe y si no conozco el tema a tratar busco quien pueda ayudar a esa persona?
- » Cuando veo a las personas angustiadas o desesperadas, ¿soy mensajero de esperanza y de alegría cristiana?
- » ¿Valoro el acompañamiento espiritual? ¿Acompaño a los demás y me dejo acompañar?
- » ¿Me mantengo siempre en la búsqueda de la verdad y de la luz para orientarme a mí mismo y a los demás?
- » ¿Cultivas el don de la escucha y la empatía con los que te necesitan?

3. CORREGIR AL QUE YERRA

- » ¿Soy valiente cuando veo que tengo que hacer la corrección fraterna o lo dejo pasar porque no quiero complicarme la vida?
- » Antes de hacer la corrección fraterna, ¿pido a Dios que me ayude para que sea un bien para mi hermano y que me dé la luz necesaria para orientarlo bien?
- » Cada vez que lo veo necesario, ¿hago la corrección fraterna en vez de juzgar, criticar o murmurar?
- » Cuando hago la corrección fraterna, ¿la hago con humildad, caridad y mansedumbre?

4. PERDONAR AL QUE NOS OFENDE

- » Cuando alguien me ofende, ¿perdono con prontitud o voy acumulando rencor y resentimientos en mi interior?
- » Si me siento ofendido, ¿sé distinguir entre el mal que me han hecho y la persona que lo ha realizado, sabiendo que Dios rechaza el pecado pero no al pecador?
- » Cuando perdono, lo hago como una obligación cristiana que tengo que cumplir o como un gesto de amor al estilo de Jesús, que cuando lo estaban crucificando decía: «Padre, perdónales porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34)?
- » ¿Valoro el perdón que Dios Padre me da en el sacramento de la reconciliación y soy después generoso para ofrecer a los demás el perdón que Dios me ofrece?

5. CONSOLAR AL TRISTE

- » Cuando veo a una persona triste, ¿me acerco a ella para preguntarle «qué le pasa», escucharla y animarla?
- » Si veo a una persona hundida en su tristeza, ¿intento acompañarla hasta que recupere su alegría?
- » ¿Estoy vigilante para que cuando vaya a consolar al triste no convierta la consolación en una acusación?
- » Cuando consuelo al triste, ¿me pongo en el lugar de la persona que sufre? ¿Intento comprenderlo y darle una respuesta desde el amor fraterno?

68

6. SUFRIR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

- » ¿Sufro con paciencia los defectos de los demás, comprendiendo que muchas veces ellos no llegan a aguantarse ni a sí mismos?
- » Ante el hermano difícil, ¿no pierdo la esperanza de que Dios puede actuar en él y puede darse la conversión de sus actitudes que me hacen daño, o por el contrario, lo trato con la indiferencia porque doy por imposible que pueda cambiar?
- » ¿Amo a las personas como son, indistintamente de lo que hagan, sabiendo que Dios las ama sin condiciones?
- » ¿Utilizo los defectos de los demás como camino de santificación?

7. ROGAR A DIOS POR LOS VIVOS Y LOS DIFUNTOS

- » ¿Oro todos los días por la Iglesia y los que la gobiernan, así como por la sociedad civil y por sus autoridades?
- » ¿Es para mí importante la oración personal y comunitaria como uno de los pilares fundamentales de la vida cristiana?
- » ¿Valoro la Eucaristía como la oración por excelencia de toda comunidad cristiana y de

toda la Iglesia? ¿Asisto a ella con un espíritu de recogimiento y devoción?

- » ¿Oro por la Iglesia perseguida y por la conversión de sus perseguidores?
- » ¿Oro por la paz del mundo, para que cesen las guerras y toda clase de violencia?
- » ¿Oro por los enfermos, los pobres y por todos los que sufren?
- » ¿Oro por las vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al matrimonio cristiano?
- » ¿Oro por los difuntos y por las ánimas benditas del Purgatorio?

